9516

¿RELIGIÓN Ó FANATISMO?

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

J. R. A.

Justo Rodríguez Alba

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1886

11

¿RELIGIÓN Ó FANATISMO?

A la ilustrada redaccion de "La Iberia"

El Autor

¿RELIGIÓN Ó FANATISMO?

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

J. R. A.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1886

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Al Dr. Thebussem.

Mi querido amigo:

Rodeado de circunstancias que V. conoce, engendré este hijo enfermizo de sangre viciada y mala complexión.

Pero es hijo mío, y le quiero.

No tengo otra cosa mejor que ofrecer á V., y me alegro de ello; que si fuese tal como yo deseara, podría parecer que intentaba pagar á V. los favores literarios que le debo.

Siendo tan imperfecto este ensayo, no me hará perder la honra de reconocer á V. acreedor perpetuo al agradecimiento, á la vez que al afecto apasionado que le profesa su buen amigo

J. R. A.

Mondoñedo, 12 de Marzo de 1885.

674575

PREFACIO.

Es costumbre generalmente adoptada que una obra dramática no se dé á la prensa sin haber recibido antes el *regium exequatur* del público en el teatro. A diferencia de otros trabajos de imaginación, en que la crítica se ejerce al principio individualmente y va tomando poco á poco fuerza y universalidad, en la obra dramática el juicio es colectivo desde el primer momento. El *estreno* le otorga la vida ó la condena á muerte.

Y este juicio inapelable y severo es, en mi opinión, de tal valor y trascendencia, que creo que si Grecia llegó á tanta altura en las artes, fué porque allí el crítico era el pueblo reunido.

Sócrates, aunque escultor como su padre, debió su nombre, su popularidad y su muerte á sus lecciones de literatura en los gimnasios, en los talleres, en los mercados, en la plaza pública; Platón, su discípulo, enseñaba en el gimnasio de la Academia; Demósthenes hacía resonar su voz elocuente en las Asambleas; Sóphocles, rival de Eschylo, le venció en el teatro por el voto del pueblo ateniense, y

fué vencido más tarde, en igual forma, por Eurípides; Phidias sometía sus estatuas al fallo de sus conciudadanos.

¿Podía aquel pueblo dejar de ser artista?

Otra ventaja resulta de ese cambio simultáneo de opiniones, de sentimientos y de ideas. ¡Cuántas obras fueron desconocidas durante largos años por efecto de un juicio individual erróneo é incompetente! Cuenta uno de los biógrafos de Oliverio Goldsmith que Newberry, el comprador del manuscrito del *Vicario de Wakefield*, no se atrevió á imprimirlo hasta que el éxito de otras obras del mismo autor le animó á aventurar los gastos de la edición! (1).

Pensando yo de este modo, no sólo falto á la costumbre, sino que incurro en una evidente contradicción dando á la estampa este drama, que no ha sido representado en ningún teatro, y no ha recibido, por consiguiente, la *sanción* del público.

He tenido, sin embargo, un motivo imperioso para obrar así, y el explicarlo (como descargo necesario para mi conciencia) es la *razón de ser* de este prefacio.

Escribí este drama, para distraer momentos de hastío, en el mes de Marzo de 1885; y no teniendo gran confianza en mis propias fuerzas, y temiendo, por el contrario, que este primer ensayo fuese en extremo incorrecto, lo sometí al juicio de dos antiguos amigos míos, de cuya competencia y superioridad de ingenio tenía plena seguridad (2). Ambos fueron conmigo benévolos, ó corteses, al emitir su

(1) *The Vicar of Wakefield.* Edición clásica.—París, Baudry's European Library.

(2) No creo cometer una grande indiscreción citando sus nombres. Es el uno D. Antonio Fernández García, doctor en Filosofía y Letras, autor de una obra de Geografía y actual director del Instituto provincial de Huelva, y el otro D. Fernando Sanjulián, doctor en Derecho, hoy retirado de la carrera de la magistratura en Rivadeo.

juicio; pero coincidieron ambos en considerar la obra como impropia del teatro. Según su opinión, hay ciertos problemas sociales que pueden plantearse en la novela, en el libro, en la academia, pero que no deben llevarse á la escena.

Esto ocurrió á fines de Abril del mismo año 1885.

Una opinión tan unánime, emitida por personas de gran valer, y tan ajenas la una á la otra, que ni de vista se conocen siquiera, debía producir y produjo en mí el natural desaliento. Así es que archivé por entonces este trabajo entre otros papeles, y dí á mis ratos de ocio otro rumbo, aunque literario y dramático, distinto.

Pero no es posible despojarse por completo del criterio propio, y con arreglo al mío, el teatro es una escuela en donde puede enseñarse y discutirse todo lo que es *lícito* enseñar y discutir en un libro. Así es que, teniendo que hacer un viaje á Madrid en el mes de Marzo del presente año, resolví intentar todavía otra consulta decisiva.

Un amigo, solicitado por mí, me puso en relación con un insigne autor dramático. Este se prestó complaciente á oir la lectura del drama, y no se asustó del asunto. Hizo más: se ofreció espontáneamente á recomendarme al señor Calvo cuando en el próximo Septiembre hubiese organizado la compañía que hoy admiramos y aplaudimos en el teatro Español.

Pasó medio año; volví á Madrid; obtuve la presentación tan galantemente ofrecida, y el Sr. Calvo leyó el drama; pero al devolvérmelo me manifestó que el *Comité de censura*, creado por él para juzgar las obras que debían ponerse en escena, tenía ya otro drama (presentado por el mismo autor aludido que me había recomendado), en el cual aparecía igualmente en relieve el fanatismo religioso,

y, aunque planteado el mismo problema, se huía (con mayor conocimiento de la escena) del peligro de llevar á ella la representación de cierta clase social.

Esta noticia me hizo renunciar á presentar este drama al *Comité de censura*. Además de la monotonía consiguiente á poner en escena dos obras análogas en un mismo teatro (suponiendo que la mía fuese admisible), podría parecer que yo intentaba medir mis fuerzas escasísimas con quien tiene dadas ya sobradas pruebas de ser un atleta en el arte dramático.

Todo autor ambiciona gloria, y para alcanzarla debe decidirse á sufrir terribles contrariedades; pero basta que éstas vengan del juicio público, sin crear otras nacidas de su amor propio.

Esa es la razón por que, retirándome, prudente ó cobarde, de la lucha, me someto solamente al fallo del público en la forma en que puedo hacerlo, es decir, dando á la estampa este ensayo.

JUSTO RODRÍGUEZ ALBA.

Madrid, 27 de Octubre de 1886.

PERSONAJES.

MARÍA.

CONSUELO (Hija de María).

JACOBO (Brigadier) } Hermanos de María.
IGNACIO (Canónigo) }

ANTONIO (Escritor público).

JUAN (Criado).

La escena tiene lugar en Madrid en el año 1885.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala de confianza, amueblada con lujo.—A la izquierda dos balcones; á la derecha una puerta, y otra en el fondo.—En primer término, á la izquierda, un velador (ó costurero elegante), y encima un pequeño bastidor, dos ó tres libros y un timbre. A la derecha un sofá ó confidente. Al lado del velador dos sillas; junto al sofá una ó dos butacas.

ESCENA PRIMERA.

IGNACIO Y JACOBO (de pie).

IGNACIO. Sí, señor; lo digo, y lo repetiré hasta la saciedad: invenciones diabólicas, que son la causa de la corrupción de los tiempos presentes. Toda esa civilización de que os mostráis tan enorgullecidos, esas conquistas de la química, de la astronomía, de la matemática, no son otra cosa que *la ciencia del bien y del mal* con que la serpiente deslumbró á nuestros primeros padres en el Paraíso, prometiéndoles *que serían como dioses*, y que, por desgracia, produce hoy los mismos resultados que produjo entonces. También hoy intentan los hombres igualarse á Dios, ó, lo que es peor, pretenden anularlo y erigir como dios á la insensatez humana.

JACOBO. (Con calma.) ¿Has terminado?

IGNACIO. Sí.

JACOBO. Todo ese discurso indigesto no produciría en mí otro

efecto que la compasión de tu deplorable ignorancia, si no tuviera motivos para indignarme contra tí, y motivos de antigua data. Pero, óyeme á tu vez, hipócrita: si las conquistas de la civilización no son más que invenciones diabólicas, ¿por qué te aprovechas de ellas tú, el santo, el inmaculado, el intachable? ¿Por qué dirigiste ayer un telegrama á María diciéndole que suspendiese los preparativos de la boda de Consuelo y anunciándole tu venida? ¿Por qué tomaste un billete de primera clase y te dejaste arrastrar por una locomotora, por un artefacto de Satanás?

Un *predestinado* como tú (con ironía), debería haber escrito una carta en papiro ó pergamino, y, sellada sobre cera, haberla enviado por un servidor de confianza, y caballero tú mismo en perezosa mula, ó conducido en estrecha litera, con un escuadrón de hombres armados para garantizar tu preciosa y necesaria seguridad personal, debiste haber venido atravesando barrancos y vericuetos y llegar aquí, á marchas forzadas, quince días despues de la boda de nuestra sobrina. Eso hacen los hombres honrados; los que, sin blasonar de santidad, ni pretensiones de enseñar á los demás, tienen la rigidez de practicar lo que sienten y creen.....

IGNACIO. Es la primera y única vez que he hecho uso del telégrafo y del ferrocarril, y sólo un motivo tan imperioso y urgente podía torcer mi propósito.....

JACOBO. Porque no habrás tenido de ello necesidad. Porque para escribir una carta en cada año á tu familia, por la cual nunca has sentido interés ni cariño, no son necesarios ni el vapor ni la electricidad; porque es mucho más cómodo vivir tranquilamente sin hacer cosa alguna, ignorando todo y anatematizando á los que trabajan y estudian, que venir á consolar á tu hermana en su viudez, y tomar asiento en el hogar de tus padres, y respirar el ambiente de felicidad santa y verdadera que hay en esta casa, que te ha ahogado siempre; porque.....

IGNACIO. Y sin embargo de esa falta de cariño de que me acusas, ya ves que he venido, interrumpiendo esa holganza en que dices que vivo y quebrantando mi deseo de no entrar jamás en una estación de ferrocarril.

JACOBO. Y ¿á qué has venido? ¿A molestarme una vez más con tus extrañas teorías?

IGNACIO. (Con ironía.) Como no siento interés por mi familia, como no quiero respirar este ambiente santo, ni sentarme al amor de vuestro fuego..... (cambiando de tono) yo, que sin embargo de eso, todavía me ocupo de la felicidad de mi sobrina más que vosotros mismos, vine exclusivamente á impedir que se lleve á efecto la boda de Consuelo.

JACOBO. ¡Á impedir la boda de Consuelo!

IGNACIO. Sí, señor; á eso he venido.

JACOBO. Pues..... señor santo en ciernes y canónigo incomparable: puedes ya volver á tu sacristía cuando quieras, porque esa boda es casi obra mía, y se hará. Y, por mí, quedas autorizado para regresar á caballo, ó á pie, para no contaminarte con las invenciones modernas; y así no llegues nunca y te pudras en el camino, que no he de sentir congoja por ello, sabiendo que algún pastor descubrirá un día tus cenizas, guiado por el olor de santidad.

IGNACIO. No puedo complacerte ni secundar por ahora tus fraternales deseos, porque vengo resuelto á hacer lo que he dicho, y es preciso que me quede.

JACOBO. De eso me encargo yo. Pero ¿quién te anunció que Consuelo se casaba?

IGNACIO. María me escribió hace tres días. Ya ves que no he perdido tiempo.

JACOBO. ¡María!..... Á María le prohibí terminantemente que te dijese cosa alguna. No porque me cuidase de tu aprobación ó desaprobación (que es circunstancia de que no me preocupo), sino porque quería, y quiero, que no asistieses á la boda. Eres ave de mal agüero, y resultaría alguna desgracia. No, no estarás tú aquí cuando les echen la bendición.

IGNACIO. Como que no se la echarán.

JACOBO. Oiga usted, señor hermano (con severidad): yo soy el jefe de la familia; primero, por ser el mayor, y segundo, porque soy el tutor de la niña. Si le he consentido á usted contender conmigo de potencia á potencia, fué porque dejo á todo el mundo que tenga las opiniones que quiera. Pero tratándose de asuntos prácticos, y,

sobre todo, de la felicidad de Consuelo, á quien adoro como si fuera hija mía, haré uso de mis derechos y seré inexorable. Aprenda usted esta lección de hoy para siempre.

IGNACIO. He aprendido yo otras lecciones más autorizadas á qué atenerme y otros preceptos que debo cumplir y cumpliré.

JACOBO. Y..... ¿se puede saber qué preceptos y qué lecciones son esas?

IGNACIO. Ciertamente. Los preceptos de la sana moral.

JACOBO. Ta, ta, ta..... Algún otro interés te mezcla en el asunto. Tú tendrás guardada, *in péctore* la candidatura de algún sacristán como tú. Ya se ve, como Consuelo heredará lo que yo poseo, es un buen partido para cualquier apaga-cirios. ¿No es así?

IGNACIO. Por lo menos, si Consuelo debiese casarse (que no se lo aconsejaré nunca), no faltará para ella un hombre de firmes creencias y costumbres intachables, muy otro de ese hereje con quien pretendíais enlazarla.

JACOBO. Ya me parecía á mí que no vendrías tú á humo de pajas; te conozco demasiado. Felizmente, como mi fortuna no ha de ser dote de convento ni patrimonio de un imbécil (y no he olvidado todavía los hábitos militares), cortaré por lo sano, si es preciso, y os haré gustar los procedimientos ejecutivos á tí y á tu candidato.

IGNACIO. Eso es lo que veremos, con el auxilio de Dios.

JACOBO. Lo veremos.

ESCENA II.

DICHOS. MARÍA (por la puerta del fondo).

MARÍA. (Que oyó, al entrar, las últimas palabras). ¿Y qué es lo que veréis?

JACOBO. Si este virtuoso..... canónigo, si este devoto ingerto que ha brotado en la familia conseguirá imponer su voluntad en esta casa, destruir la felicidad de Con-

suelo y amargar nuestra vida, como amargó ya..... Y todo por causa de usted, señora hermana.

MARÍA. ¡Por causa mía!

JACOBO. Sí, señora; porque te había prohibido que le anunciases el casamiento de Consuelo, y acabo de saber que no has hecho caso de mis observaciones y consejos, y que con una carta indiscreta has dado motivo á que venga este imbécil á crearnos dificultades.

MARÍA. ¿Y qué dificultades puede crear? ¿No se hace la boda á gusto de todos? Consuelo y Antonio se adoran; tú y yo queremos á Antonio como si fuese ya de la familia; es un joven de un talento extraordinario; todos le auguran un brillante porvenir; su conducta es intachable. ¿Qué más podríamos apetecer?

IGNACIO. Hay, María, que buscar algo más que un gran talento y un porvenir brillante á los ojos del mundo. Por encima, muy por encima de esas condiciones terrenales (con voz reposada) están otras de un orden superior, que una madre no debe dejar á un lado, y que son la sola, la verdadera garantía de la futura felicidad de su hija.

MARÍA. No te entiendo. Estoy segura de que Antonio hará la felicidad de Consuelo.

IGNACIO. ¡Buena felicidad preparas á tu hija, perdiendo irremisiblemente su alma!

MARÍA. (Á Jacobo.) Pero ¿qué está diciendo este hombre? (Á Ignacio.) Antonio es bueno como un ángel. No hay en él pensamiento que no sea generoso, ni idea que no sea noble, ni palabra que no sea de amor para todo el mundo.....

IGNACIO. (Violentamente.) Antonio es un hereje, á quien habrían quemado vivo ya, si los cristianos de hoy tuviesen la fe de los de antaño.

MARÍA. ¡Ave María Purísima! ¡Este hombre está loco!

JACOBO. Ya lo ves. (Encogiéndose de hombros.)

IGNACIO. Loco, sí (con amargura); para una generación corrompida, que en su ceguera no ve otros bienes que las satisfacciones materiales, claro es que el que hable de la elevación del espíritu hacia Dios, el que predique el desprecio de las glorias mundanas y la santificación del alma, es un loco, es un imbécil, es un fanático. Por

el contrario, un joven insensato, que llevado por su orgullo niega á Dios; que predica el materialismo más grosero; que ataca todos los dogmas sacrosantos de la Iglesia; que se declara apóstol de todas las herejías y eco de todas las protestas contra la fe, ese es *un ángel*, es un ser noble y generoso, á quien se confía la educación de una tierna niña y la jefatura de una futura familia, que heredará de su padre el odio á Dios y la eterna condenación de su alma. ¡Y es su propia madre, y es su *respetable* tío y tutor, quienes conducen al abismo á esa inocente criatura!

JACOBO. Basta ya Ó estás rematadamente loco, ó el viaje te ha trastornado la cabeza. Ni Antonio es hereje, ni ha negado á Dios, ni se ocupa de dogmas ni de protestas. Tú eres el que estás diciendo herejías que no pueden oirse con paciencia, y que tu hermana pudo evitar si hubiera seguido, como debía, mis indicaciones. Pero las mujeres han de cometer forzosamente ligerezas, de que son siempre las primeras víctimas.

MARÍA. No; verdaderamente no te hubiera escrito (á Ignacio), si pudiera prever que ibas á hablar de Antonio en esos términos. Te disculpa solamente la circunstancia de que no le conoces. Cuando le hayas visto, y lo trates, cambiarás de opinión y lo querrás como lo queremos nosotros. Entretanto, te ruego que no digas tales cosas, que nos lastiman á todos.

IGNACIO. ¿Que no le conozco? Estás en un error. He leído sus *Reflexiones geológicas*, su *Psicología* y su *Revista de los progresos científicos del siglo* XIX. Por eso hablo de él con perfecto conocimiento. Sus obras son el fiel espejo del estado de su alma.

JACOBO. Sería extraño que después de haber leído esas obras, que son de difícil digestión para estómagos débiles como el tuyo, formases de ellas buen juicio. Me basta saber que por ellas ha adquirido Antonio una reputación europea; que le han valido los plácemes de sabios, reconocidos por tales en el mundo intelectual; que, á pesar de su juventud, es ya miembro de las Sociedades científicas más ilustres de Europa, y que todos lo consideran hoy como una gloria nacional, para comprender que no sean de tu agrado. Es condición de tu

temperamento : odiar la luz como el murciélago, arrastrarte por el polvo como el reptil, y contaminar cuanto toques como un apestado. Retírate y dispón tu regreso; no cabes tú en esta casa.

IGNACIO. En efecto, voy á retirarme á descansar y á rogar á Dios por vosotros, que bien lo habéis menester. (Sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

JACOBO, MARÍA. DESPUÉS CONSUELO (por la puerta del fondo).

JACOBO. Ya lo ves. Al fin te convencerás de que debes olvidarte de que Ignacio es hermano nuestro. Antes de ahora te he dicho que tengo razones poderosas para ver en él á un enemigo y un extraño; no has hecho caso, y has creído siempre que es un capricho mío y una antipatía infundada, tal vez porque he guardado secretos los motivos de mi enojo. No tardarás mucho en participar de mis sentimientos, y quiera Dios que la venida de ese hombre no nos haga derramar lágrimas muy amargas.

MARÍA. Ya vuelves á tu manía. Ignacio es, y ha sido toda su vida, un santo. ¡Ojalá fuesen todos los sacerdotes como él! Podrá equivocarse, que no es infalible; pero todas sus palabras y pensamientos van encaminados al bien, y debe tener mayor ilustración que tú, dedicado á la vida militar, y que yo, que soy una mujer ignorante. Yo espero que conseguiremos hacerle cambiar de opinión; pero si así no fuese, creeré firmemente que tiene más razón que nosotros.

JACOBO. Y ¿por qué? ¿No te sirve el corazón para nada? ¿No quieres entrañablemente á tu hija? ¿No la quiero yo tanto como podría quererla su mismo padre? Pues si el corazón nos engañase á tí y á mí en asunto de tanta monta, sería preciso arrancarlo por traidor y renegar de Dios que nos lo ha dado.

MARÍA. No hables así; yo te lo ruego. Consuelo será feliz,

porque es buena, y Dios no ha de querer acibarar mi vida descargando sus iras sobre una inocente. Yo se lo pediré, y mis oraciones y las de Ignacio alcanzarán gracia para todos.

JACOBO. Las tuyas.... tal vez. Las de Ignacio.....

CONSUELO. (Entrando.) ¿Estáis solos? ¿Y el tío Ignacio?

MARÍA. Se retiró á descansar un momento.

CONSUELO. ¿Habló de mi boda? ¿Qué dice?

MARÍA. Todavía no conoce á Antonio; cuando lo vea y le hable, estoy segura de que aprobará nuestra elección.

CONSUELO. Y la mía. Porque ya sabéis que yo *me sacrifico* por vosotros dando mi mano á Antonio *con el mayor gusto.* Por ese sacrificio bien poco tenéis que agradecerme.

MARÍA. Sí, sí, ya lo sabemos; nos lo has repetido varias veces y no hemos tenido tiempo de olvidarlo.

CONSUELO. Y lo repetiré todavía, para que no lo olvidéis nunca. Es el único desahogo que me queda á cambio de lo mucho que tengo que reprimirme cuando Antonio está delante. Gracias á que esta tortura durará ya poco tiempo (se sienta junto al velador y coge el bastidor); pero es fuerte cosa estar pensando todo el día y todos los momentos en él, y no poder decírselo para que le sirva de consuelo.

JACOBO. No te acongojes por eso. Antonio no es tonto, y lo habrá comprendido ya sin necesidad de que se lo digas. Precisamente, buena eres tú para disimular tus afectos. Recuerda que, cuando eras niña, siempre adivinaba por tu cara cuando habías hecho alguna picardihuela, y te la hacía confesar. Ahora que ya eres grande..... ahora..... continúas lo mismo.

CONSUELO. Eso lo crees tú; pero me he vuelto muy mala, y sé disimular perfectamente.

JACOBO. ¿Sí? Pues veremos cómo disimulas con tu tío Ignacio, que quiere que seas monja.

CONSUELO. (Á María.) ¡Monja yo!.....

MARÍA. (Sentándose al lado de Consuelo.) No ha dicho nada de eso. Cosas de Jacobo.

JACOBO. No ha dicho tal, pero sí ha dicho que Antonio no te conviene, y te querrá casar con algún monago como él, que se pase todo el día en la iglesia ayudando á misa y rezando con los brazos en cruz.

CONSUELO. Bien se conoce que los curas no entienden de casamientos. El tío Ignacio no es voto en este asunto.

MARÍA. ¡Niña!..... (Con severidad.) ¿Qué estás diciendo? Tu tío Ignacio es una persona muy respetable, y su estado y su lugar en la familia no sólo le autorizan, sino que le obligan á manifestar su opinión en un asunto del cual depende tu felicidad.

CONSUELO. Pues entonces, que apruebe la boda..... ó que se vuelva á su casa.

JACOBO. Así, así, clarito. Ya veo que te vas pareciendo más á tu padre que á esta simplona de tu madre. (Paseándose, y acercándose cuando toma parte en la conversación.)

CONSUELO. (Á Jacobo.) Pero dí: ¿es verdad que el tío Ignacio no quiere que me case con Antonio? (Con aire intranquilo.)

MARÍA. Hasta ahora, ¿qué ha de decir, si no lo ha visto?

JACOBO. No es así; tu tío Ignacio, que en toda su vida no ha servido más que de estorbo en todas partes y en todas cosas, tiene escrúpulos de conciencia que le obligan á desaprobar tu casamiento. Dice que ha leído las obras de Antonio y que no le parecen bastante ortodoxas.

CONSUELO. Pues que no las lea. Yo no las he leído, y por eso no dejo de querer á Antonio con toda mi alma.

JACOBO. ¿Qué quieres? Tu tío pretende arreglar la vida de los demás al criterio de sus ideas, que están en oposición con las de todo el mundo.

MARÍA. No escuches á tu tío (á Consuélo); ya sabes que en tratándose de su hermano pierde siempre la razón.

CONSUELO. Pero, mamá, yo no quiero casarme con otro que con Antonio; y si no le gusta al tío Ignacio, tampoco es necesario. Te gusta á tí y le gusta al tío Jacobo, y basta.

Yo no he visto al tío Ignacio aquí hasta hoy, ni nos ha manifestado grande cariño; ¿por qué ha de venir ahora á crear disensiones en una familia que ha considerado siempre como extraña?

JACOBO. (Á María.) ¿Lo ves? El buen sentido de tu hija vale cien veces más que tus eternas debilidades, que no llegaré á corregir jamás.

MARÍA. Mi hija es una niña, y no hace más que repetir lo que te ha oído á tí muchas veces.

JACOBO. Siento pasos. (Escucha.) Ahí viene Ignacio.

ESCENA IV.

DICHOS. IGNACIO.

(Consuelo bordando; María hojeando las láminas del libro que está sobre el velador; Jacobo é Ignacio de pié)

IGNACIO. (Entrando por la puerta de la derecha y hablando consigo.) Es inútil; no podré conciliar el sueño.

JACOBO. (Saliéndole al encuentro.) ¿Por qué no? ¿Qué es lo que preocupa á nuestro venerable canónigo?

IGNACIO. ¿Qué me preocupa? La boda de nuestra sobrina, que es imposible, y no se hará. (Viendo á María y Consuelo.) ¡Ah! ¿estáis aquí todos? Me alegro. (Acercándose.)

JACOBO. ¿Que no se hará? Preciso es que te convenzas de que tus predicaciones van á ser en desierto. Estás en absoluta minoría. Yo apruebo la boda; María piensa como yo; Consuelo cuenta los instantes que le faltan, y le parecen siglos..... Desiste, pues, de tu empeño.

IGNACIO. No; ni desistiré hasta que haya conseguido apartaros á todos de ese abismo que no queréis ver, que no véis por vuestra ceguera. Es mi deber, y lo cumpliré á despecho tuyo, á despecho de mi hermana y de Consuelo misma.

JACOBO. No es de tu terquedad ni de tus intenciones de lo que yo dudo; de lo que sí desconfío es del éxito.

IGNACIO. Dios me ayudará.

MARÍA. Voy creyendo que eres tan funesto y tan tenaz como dice Jacobo. (Con mal humor.) Si no has visto á Antonio todavía, ¿cómo puedes formar esos juicios y hablar con ese apasionamiento?

JACOBO. Es un efecto del viaje. Ha ofendido á Dios dejándose llevar en alas del vapor, que es invención del diablo, y Dios le ha abandonado, y ha hecho bien. Este viaje pecaminoso le ha trastornado el cerebro.

IGNACIO. Tienes razón: el viaje me ha trastornado algo; pero no tanto como la idea de que mi hermana, que ha sido educada por nuestra santa madre en el temor de Dios,

haya olvidado hasta tal punto el camino del cielo. Y no hablo de tí, porque ya sé que los ejércitos de hoy no están animados de aquella fe que armó las cruzadas, ni lleva cada oficial un cilicio, como San Luis, debajo de la coraza. (Coge una silla y se sienta al lado de María. Jacobo permanece de pie.)

MARÍA. Fortuna es que estemos aquí en familia. Si te oyese cualquiera persona extraña, creería que te hallabas entre réprobos.

IGNACIO. Y creería la verdad. No otro era el destino que preparabas para tí y para tu hija, si no hubiese llegado yo á tiempo de evitarlo.

MARÍA. Mucha exageración es esa. Si lo que estás diciendo fuese cierto, mi director espiritual, que lo es también de Consuelo, nos habría hecho ya alguna advertencia. Y cuenta que es tan severo como bueno.

IGNACIO. Un confesor no puede juzgar más que acerca de lo que el penitente le consulta. Además, no tiene obligación de conocer á todo el mundo, y el vuestro no sabe seguramente quién es ese..... hombre. Si lo supiera como yo.....

MARÍA. Pero si no le has hablado todavía.....

IGNACIO. Ya te he dicho que he leído las obras que dió á la estampa.

JACOBO. ¿Y has leído también los elogios que de ellas ha hecho la prensa? Porque es singular é inexplicable que hombres encanecidos en el estudio y respetados como autoridades científicas ensalcen esos trabajos, y que tú, hombre oscuro, á quien nadie conoce, seas el único que los censure. ¿Tan falto estás de sentido, que no comprendes que esa contradicción es solamente efecto de tu ignorancia y de tu soberbia?

MARÍA. ¡Jacobo! ¡Jacobo! Un poco de caridad con tu hermano.

JACOBO. ¿Acaso la tiene él con Antonio? ¿No está hiriéndole aquí traidoramente por la espalda? Aunque no fuese deber nuestro defender á un ausente, lo que Ignacio está haciendo ni es noble, ni es bueno, ni es propio de quien lleva nuestro apellido, ni menos aún de quien ejerce un sagrado ministerio.

MARÍA. Sin embargo.....

IGNACIO. (Á María.) La pasión le disculpa. (Á Jacobo) Si yo apelase á mi razón falible y escasa para decir lo que he dicho, la tendrías tú en reconvenirme. Á otro criterio más elevado he de atenerme, y tal que no lo habéis de recusar por falto de autoridad ni de competencia. Dejadme hablar un momento y concluiréis por convenceros.

JACOBO. Lo creo difícil.

IGNACIO. Tal vez no lo sea. (Ligera pausa.) Dí, María, ¿recuerdas que nuestra madre nos hacía leer todas las noches un capítulo de la Biblia? ¿Te acuerdas del Génesis?

MARÍA. Sí, me acuerdo. Consuelo lee también á menudo algún capítulo de la Biblia cuando estamos solas. En la mano la tengo. (Indicando el libro que hojeaba.)

IGNACIO. ¿Crees todavía que Moisés escribió inspirado, y que las Santas Escrituras son palabra de Dios y criterio de verdad?

MARÍA. Sí, lo creo.

IGNACIO. Pues bien; ese..... Antonio, en sus *Reflexiones geológicas*, niega abiertamente toda la historia de la creación. Se burla de la sucesión de los seis días, y establece una teoría del universo en que no entra para nada la idea de Dios.

MARÍA. No habrás leído bien, ó no habrás comprendido su obra. Antonio cree en Dios como tú y como yo.

IGNACIO. ¿Crees que estás dotada de un alma racional, y que hay otra vida de premio y castigo? ¿Que esa alma es inmortal, y que hay una bienaventuranza aparejada á los justos?

MARÍA. Sí lo creo. ¿Quién duda de eso?

IGNACIO. ¿Quién? Ese..... Antonio lo niega en su *Psicología*. El pensamiento no es más que la excitación de la masa nerviosa, ó tal vez un poco de fósforo que obra en el cerebro. Muerto el hombre, el fósforo ó el nervio se combina con la tierra, y esa es toda la vida futura.

MARÍA. No es posible, Ignacio; no es posible que Antonio diga eso.

IGNACIO. ¡Oh! no creas que pára ahí En su última obra canta las alabanzas de todos los errores, de todas las aberraciones del espíritu humano. Es la apología de todas las herejías condenadas por la Iglesia.....

CONSUELO. (Que ha estado inquieta todo este tiempo.) Pero, tío, ¿no ve usted que nosotros ni hemos leído las obras de Antonio, ni hubiéramos podido comprenderlas para contestar á usted? Hágale usted esas observaciones cuando venga, y esté usted seguro de que explicará todas las dificultades satisfactoriamente. Es imposible que si fuese tal como usted lo cree, lo apreciasen y lo alabasen tanto todos los que lo conocen.

IGNACIO. Hija mía, el mundo sigue al error. La mentira atrae como el abismo.

CONSUELO. No, tío, no; la vista huye de la oscuridad y busca la luz. Además, si usted mismo estuviera persuadido de lo que nos ha dicho, habría usted publicado ya una refutación; á ello le obligaba á usted el ser sacerdote y el ser cristiano.

MARÍA. Calla, niña; tú no entiendes de eso.

CONSUELO. No, mamá; pero creo que ya que es la vez primera que tengo el gusto de ver al tío Ignacio en esta casa (porque era tan niña que no recuerdo su última visita), parece natural que nos hable de cosas más agradables.

MARÍA. (Á Ignacio.) En verdad, no tengo ánimo para reprender á mi hija. Estás lastimando sus afecciones más queridas de un modo .... que no podemos hacer otra cosa que perdonarte en gracia de tu intención, que es buena.

JACOBO. (Que ha continuado paseando, ó sentado en el sofá, y se acerca en este momento.) La intención será buena, pero la ocasión y los medios de manifestarla son malos. (Á Ignacio.) Consuelo te ha dicho la verdad. Tú, por razón de tu carácter, estás obligado á escribir una refutación. Si no lo has hecho porque no cuentas con fuerzas para tamaña empresa, tampoco tienes competencia bastante para juzgar las obras de Antonio, que tiene cien veces más talento y más instrucción que tú.

MARÍA. Eso nada prueba. Se ha visto que los hombres más sabios han caído en la herejía. Al que se rebela contra las decisiones de la Iglesia, su propio talento le confunde.

JACOBO. Una cosa son las decisiones de la Iglesia, que son buenas y santas y no ocasionan daño á nadie, y otra

cosa es el fanatismo ignorante que nos puede conducir á cometer los mayores crímenes. Y como acerca de eso tengo algo que deciros á los dos, y algo muy serio, haz el favor, Consuelo, de dejarnos solos, y que nadie éntre aquí hasta que yo llame.

(Sale Consuelo, cerrando la puerta del fondo. Jacobo se dirige hacia la de la derecha y la cierra.)

ESCENA V.

MARÍA, JACOBO, IGNACIO.

(Jacobo coge una silla y se sienta al lado de María é Ignacio. Éstos le miran en silencio.)

JACOBO. Treinta y seis años han pasado desde el suceso que voy á referir, y que ignoráis los dos, aunque en él tuvisteis muy distintos papeles. Tú, Ignacio, fuiste el verdugo; tú, pobre María, una de las inocentes víctimas. Debía morir conmigo este secreto, que no acibaró, al menos, los últimos días de nuestra madre; pero veo que es necesario revelároslo á uno y á otra. Estadme atentos, y no me interrumpáis. (Ligera pausa, como para ordenar los recuerdos.)

Tenía yo veinte años, y acababa de salir del colegio. Antes de pasar á la guarnición vine á disfrutar entre vosotros de una corta licencia. Reinaba entonces la dicha en esta casa; nuestro padre había llegado á adquirir una regular reputación, y su bufete proveía espléndidamente á todas nuestras necesidades. Mi madre, siempre bondadosa y triste; tú, niña entonces de nueve años, alborotadora y alegre, formabais un contraste encantador y las delicias del hogar. Ignacio, encerrado en el Seminario, solamente pasaba aquí una parte del verano, y hacía pocos días que había partido á continuar sus estudios.

Una tarde..... nuestro padre había salido á visitar á un amigo; tú jugabas conmigo en esta misma habitación; yo te decía que iba á cortar con mi sable la ca-

beza de una de tus muñecas, y tú sujetabas mis manos con todas tus fuerzas.....

MARÍA. Me acuerdo perfectamente. (Suspirando.) ¡Como si hubiera sido ayer!

JACOBO. De pronto el criado introdujo aquí en la sala á dos desconocidos. Yo me levanté y les invité á sentarse en tanto no venía nuestra madre, que llegó á los pocos instantes. Entonces la saludaron con la mayor cortesía y le dijeron que traían orden de hacer un minucioso registro en el despacho de nuestro padre. Se opuso mi madre, diciendo que en ausencia de su esposo nadie entraba en sus habitaciones; pero el que parecía jefe sacó del bolsillo un papel, que desdobló y enseñó á mi madre, diciéndole después que lo hubo leído: «Ya ve usted que toda objeción es inútil, y que me vería obligado á hacer uso de la fuerza contra mi deseo.»

Mi madre quedó anonadada. Yo seguí á aquellos hombres hasta la puerta del despacho. ¡Oh! las instrucciones que traían eran perfectamente precisas; sin titubear, el jefe señaló al hombre que le acompañaba, uno de los cajones del *bureau*. El hombre, entonces, sacó una especie de palanqueta de acero y forzó la cerradura. Allí había una porción de papeles, que el jefe examinó con precipitación y guardó con cuidado en el bolsillo. Yo no esperé más; vine á esta sala, en donde mi madre estaba llorando y te tenía abrazada, y le dije: «Es preciso avisar inmediatamente á mi padre; que vaya María con la criada para no excitar sospechas, y le diga que dos hombres han forzado un cajón de su *bureau* y recogido de él varios papeles.»

¿Te acuerdas? Tú fuiste el ángel de nuestra salvación. Contaste á nuestro padre lo que había pasado, y él y su amigo fueron los únicos que se salvaron. ¡Fué la última vez que viste á tu padre!

La Providencia estaba de nuestra parte. Un momento después hubiera sido demasiado tarde. Aquellos hombres, que eran un jefe y un subalterno de policía, cerraron el despacho, pusieron un sello sobre la cerradura, con orden de que nadie lo tocase, y salieron, dejando otros dos hombres apostados á la puerta, que

reconocían á todo el que entraba y salía. Por dos ó tres veces registraron todas las habitaciones para convencerse de que nuestro padre no estaba aquí.

¡Qué días aquellos! Declaraciones, registros; seguidos á todas partes; vigilados noche y día; los más íntimos amigos de mi padre presos y sujetos á una sumaria.

Por fin, después de muchos días de angustia, nuestro padre nos escribió desde Inglaterra. Vivía, y estaba en salvo.

¡Qué alegría tan grande! Nuestra madre leía y releía la carta; la besaba; nos abrazaba á los dos..... Tú y yo llorábamos y nos reíamos á un tiempo.....

¡Si la alegría matara.....!

Ya sabéis lo que pasó después. ¡Nuestro padre condenado á muerte! De las personas complicadas en aquella conspiración, dos pagaron con su vida la fe en sus ideas; las demás fueron enviadas á Filipinas. Nuestro padre tuvo que ganar trabajosamente su vida en Londres dando lecciones, y á pesar de la escasez de sus recursos y de la exigüidad de la pensión que recibía de aquel Gobierno, todavía hacía economías para enviarnos algún dinero y evitar que sufrieseis los horrores de la miseria.

Un día recibimos una triste carta; el asiduo trabajo, el clima riguroso de Inglaterra y la separación de los seres más queridos habían alterado *algo* su salud. Yo estaba aquí de guarnición y vivía con vosotras. El corazón me avisó que nuestro padre ocultaba la importancia de su enfermedad; obtuve una licencia y partí para Londres. Dos días después de mi llegada acompañaba al cementerio el cadáver de nuestro padre.

(María oye, llorando, este relato; Ignacio pensativo y con la cabeza inclinada.

Siento traer á vuestra memoria estos tristes recuerdos; pero eran necesarios para disponer vuestro espíritu á oir las últimas palabras de vuestro padre.

¿Sabéis quien fué el delator infame que lo entregó á él y á sus amigos en manos de la justicia?

MARÍA. ¿Quién?

JACOBO. Ignacio. Su propio hijo. Nuestro hermano.

MARÍA. (Á Ignacio, apartando instintivamente la silla.) ¡Tú!!

IGNACIO. ¡Yo.....!! (Á Jacobo.)

(Estas dos exclamaciones han de ser casi simultáneas.)

JACOBO. Sí, tú. Tú tuviste un día la fatal tentación de pasar la vista sobre papeles que nuestro padre había dejado un momento sobre su mesa. Viste en ellos cifras de una clave que tomaste por signos masónicos; y como mi padre no se ocultaba de tí, le viste guardar bajo llave los papeles en uno de los cajones de su *bureau*. Más tarde, de regreso en el Seminario, tuviste escrúpulos de conciencia, que consultaste con uno de tus preceptores, como si un hijo estuviese obligado, en ningún caso, á confesar los pecados de su padre. Tu preceptor era un hombre tan imprudente y tan violento como eres tú, y creyó servir á Dios haciendo intervenir la policía. Y, en efecto, la policía no encontró ninguna logia masónica, pero sí una importante conspiración política, que fué causa de la ruina de tu familia; de la muerte de tu padre, pobre y expatriado; de la de tu madre, que lo siguió á la tumba dos meses después, y de la orfandad de tu hermana, si Dios no me hubiese dado salud y fortuna para sostenerla y volver á recuperar esta casa en que hemos nacido.

Mi padre llegó á averiguar tu delación; porque acusado él mismo como delator por los demás conjurados, le fué necesario vindicar su honra, y no descansó hasta que tuvo en su mano todo el hilo de esta tristísima historia. Yo recogí y conservo estas pruebas para tu confusión y tu vergüenza.

Ahora (levantándose) ya sabes á dónde conducen tus escrúpulos y tu fanatismo. Creo que después de esto no intentarás destruir por segunda vez la alegría de esta casa. Véte, y que Dios te perdone, como te perdonó nuestro padre en su última hora, y como te perdono yo. (Á María.) Ven, y déjalo con su conciencia.

(Sale Jacobo por la puerta del fondo. María sale más lentamente y llorando.)

ESCENA VI.

IGNACIO.

Queda un momento pensativo; después se levanta y pasea hablando y parándose.

IGNACIO. ¡Qué horrible historia! ¡Yo verdugo de mi propio padre! ¡Yo causa de la ruina de mi misma familia.....!

Pero eso no es verdad. Yo no lo delaté. No hice más que consultar las angustias de mi alma con un hombre de ciencia profunda y de reconocida virtud, y no puedo ser responsable de lo que él haya hecho después. No; jamás hubiera yo delatado á mi padre, aunque.....

(Después de una pausa, y con calor.) ¿Y por qué no? ¿No ha de ser el amor á Dios superior á todo amor? Escrito está: *Si tu mano ó tu pie te escandalizare, córtalos y échalos de ti* (1). Sí; ley dura es, pero necesaria. En tanto los afectos de la carne se interpongan en el camino del cielo, no estará el alma preparada para servir á su Criador en espíritu y verdad. (Animándose.) Lejos de mí pensamientos mundanos y doctrinas de una sociedad corrompida. Rómpase todo lazo que sujete el alma incorpórea á esta tierra de perdición y de prueba, y purifíquese de toda material impureza que la haga indigna de la visión beatífica.....

Yo creía, en efecto..... (pensativo) que aquellas cifras desconocidas eran signos masónicos. Pero Dios sabe que no intentaba que la justicia humana entrase en esta casa; no, yo quería que mi padre se convirtiese al buen camino; ese era mi deseo, deseo santo, y prueba de mi amor filial.....

¡Yo verdugo de mi familia! ¡Yo, que daría gustoso mi vida por la seguridad de que volveremos á reunirnos en la eterna! ¡Oh! ¡Si comprendiesen todo el cariño que por ellos siento! ¡Si supiesen cuánto he

(1) Math., 18, 8.

orado, cuánto he rogado á Dios por su salvación!

..... ¡Y esa pobre niña!..... ¡Con cuán amargo dolor la oí defender hace un momento á su prometido! ¡Palabras de muerte y condenación brotaban, sin conciencia, de sus labios, hechos para alabar á Dios! ¡La virgen predestinada á conservar el fuego sagrado del ara santa, convertida en eco de la impiedad y de la herejía!..... ¡Unida para siempre á un réprobo! ¡Impregnada su alma del espíritu impío de su esposo! ¡Perdida..... perdida irremisiblemente para siempre!.....

¿Y debo yo consentirlo? ¿Puedo yo consentirlo? No, y siempre no. Lucharé con todos; lucharé con ella, y venceré, porque tengo á Dios en mi ayuda. Sí; el corazón me dice que puedo salvarla todavía, y la salvaré. (Entra Consuelo por la puerta del fondo.) Aquí viene.

ESCENA VII.

IGNACIO, CONSUELO.

CONSUELO. ¿Está usted solo, tío? Venía en busca de mamá.

IGNACIO. Sí, solo; pero estaba pensando en tí, y has llegado en buena ocasión.

CONSUELO. (Con despego.) Si los pensamientos de ahora eran iguales á los que antes expresó usted, yo le ruego que los calle. Las palabras de usted me herían el corazón como un puñal.

IGNACIO. (Con voz afectuosa.) ¿Tanto lo quieres?

CONSUELO. ¿Que si lo quiero? Es más que quererle. Es pensar todo el día y en todos los instantes en él. Es repetirme constantemente sus palabras y oir resonar su voz en mis oídos; es ver sus ojos clavados siempre en los míos..... ¿Cómo se lo explicaría á usted que me comprendiese?..... Escuche usted, tío: cuando él entra aquí, no me parece que viene, sino que continúa; que estaba ya antes; que no he cesado un momento de tenerlo á mi lado. ¡Tan presente lo tengo!

IGNACIO. (Aparte y mirando al cielo.) ¡Dios mío! ¿Habré llegado á

tiempo? (Á Consuelo.) Y dime, hija mía, ¿no ves que pensando siempre en él, no dejas ni un pequeño instante para pensar en Dios, que vale más y que te ama más, mucho más, que cualquiera de sus criaturas, por perfecta que sea?

CONSUELO. Sí, tío; pienso también en Dios, y le doy gracias porque va á hacerme tan feliz.

IGNACIO. No, Consuelo, no piensas realmente en Dios; tu dios está aquí en la tierra, y por él has olvidado ahora al otro, que está esperando en una cruz que vayas á orar á sus plantas.

CONSUELO. Se equivoca usted, tío, porque no lo he olvidado; lo tengo á la cabecera de mi cama, y le rezo todas las noches, por él, por mí y por todos. Y estoy segura de que me oye, y de que es él el que me hace tan dichosa. ¡Bendito sea! Sí; le quiero, le quiero mucho..... pero de otro modo.

IGNACIO. No dudo de que le quieres también; pero, bien dices, *de otro modo*. No dejarías por él ni las vanidades de la tierra, ni tu amor á ese..... desgraciado. Y sin embargo, él ha dado por tí su sangre y su vida.....

CONSUELO. (Con aire de fastidio.) Pero, tío, ¿todas las mujeres hemos de ser monjas? Pues las que nos casemos hemos de querer á nuestros maridos; por eso quiero á Antonio.

IGNACIO. Y por él perderás tu alma.

CONSUELO. (Mira á Ignacio un momento, como quien prefiere callar la respuesta, y haciendo ademán de marchar.) No pierda usted en eso el tiempo, y..... voy á buscar á mamá. (Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

IGNACIO.

IGNACIO. Veo que es causa perdida con Consuelo; le quiere demasiado, y su alma apasionada no puede tornar á la razón. Hablaré á su madre; conozco los sentimientos de mi hermana y su corazón excelente, y estoy seguro de que escuchará la voz de la verdad.....

¡Ah! ¡qué idea! (Llevando la mano á la frente.) Inspiración es del cielo. ¡Y no haber caído en ello hasta ahora!

Es el único recurso. ¿Cómo podría yo convencer á mujeres ignorantes hablándoles de psicología y de ciencias físicas? Responderán que no entienden de eso, ó que soy yo el ignorante y el iluso..... Pero ante esa autoridad y ese juicio inapelable bajarán humildemente la cabeza.

Sí; escribiré hoy mismo; citaré los pasajes más explícitos de esas obras; añadiré que en ello va la salvación de esta familia y la dicha eterna de los seres que más amo. Manos á la obra ahora mismo, y que Dios me ayude. (Va hacia la puerta de la derecha; en el momento de llegar á ella entran por el fondo Antonio y Juan, que vienen hablando sin advertir la presencia de Ignacio. Éste los mira un instante y sale, cerrando la puerta con fuerza.)

ESCENA IX.

ANTONIO, JUAN. DESPUÉS CONSUELO.

ANTONIO. (Volviendo la cabeza hacia la izquierda al oir el golpe de la puerta.) ¿Quién ha cerrado?

JUAN. (Entrando.) Habrá sido el canónigo. Nos vió, y se volvió á su celda.

ANTONIO. (Pensativo.) Es probable. (Alto.) Avisa que estoy aquí.

JUAN. Al momento, señorito. (Sale.)

ANTONIO. ¡Qué delicia experimento al entrar en esta casa! Más que la mansión de mis amores me parece sagrado templo en donde mi espíritu se sublima y purifica. El aire que aquí respiro lleva á mi sangre un encendimiento suave y dulcísimo que le da nueva vida y desconocida energía, y la luz misma antes parece que alumbra y esclarece mi cerebro que á los ojos que la reciben y sienten.

CONSUELO. (Por la puerta del fondo.) ¡Antonio! (Le alarga la mano.)

ANTONIO. ¡Consuelo mía! mi vida, mi ángel tutelar, mi sueño de oro.....

CONSUELO. Pues con ser todas esas cosas, muy tarde vienes hoy á verme.

(Le indica una de las sillas al lado del velador. Ella coge el bastidor y se sienta.)

ANTONIO. Y no es eso lo peor (sentándose), sino que tengo que dejarte muy luego.

CONSUELO. ¿Y te apresuras á decírmelo para disculparte?

ANTONIO. No; te lo digo para tener el valor de hacerlo; porque cuando estoy á tu lado pierdo la noción del tiempo, y las horas me parecen minutos, minutos de felicidad que quisiera prolongar indefinidamente.

CONSUELO. Pues yo quisiera que no te separases más de mi lado, porque voy á estar intranquila y desasosegada cuando no estés tú. ¿Sabes que tienes un enemigo encarnizado?

ANTONIO. ¡Yo! ¿Quién es?

CONSUELO. Mi tío Ignacio, que ha llegado esta mañana.

ANTONIO. ¿Y no me ha visto todavía, y es ya mi enemigo?

CONSUELO. ¡Ah, pero terrible! (Con aire burlón.) ¡Como no le trae otro objeto que deshacer nuestra boda!.....

ANTONIO. Pues perderá el viaje, porque va á encontrarse con una ruda oposición.

CONSUELO. Ya se lo hemos dicho, pero parece que es testarudo. Mi tío Jacobo tuvo una larga conversación con él y con mamá, y debió de ser borrascosa, porque mamá salió llorando, y al tío Jacobo no lo he visto nunca tan serio. Al poco rato entré aquí, y estaba el tío Ignacio solo, que empezó á hablarme de Dios y de tí..... hasta que me aburrió y lo dejé.

ANTONIO. ¡Es extraño!.....

CONSUELO. Antonio: yo te suplico que estés ahora aquí todo el tiempo que puedas. Voy á tener miedo cuando me dejes sola.

ANTONIO. ¿Por qué?

CONSUELO. Porque antes quedaba con mamá y con el tío Jacobo, que te quieren como á un hijo, y ahora vas á dejarme con la oposición tenaz del tío Ignacio. (Bajando la voz.) Dios me perdone, porque, al fin, es mi tío; pero aun bien no ha llegado, y ya estoy deseando que se vaya.

ANTONIO. ¡Psé! Como no me he de casar con él, sino contigo, importa poco que no le sea simpático. (Como hablando

consigo.) Así cuando tengamos casa no vendrá á visitarnos. Tanto mejor; que no soy yo apasionado de curas.....

CONSUELO. No digas eso, por Dios; mi tío Ignacio te cree un hereje, y si te oyese.....

ANTONIO. Si me oyese, le diría que no está bien que haya venido á calumniar á quien no conoce; que la misión del sacerdote está en el altar, á la cabecera del enfermo y al lado del triste y del menesteroso, y no en querer alterar la paz y la dicha de una familia.

CONSUELO. ¡Hola! ¿Parece que te duele?

ANTONIO. ¿Cómo no, si tú eres toda mi vida? ¿Si no comprendo hoy que te has enseñoreado de todo mi sér, que llenas en absoluto mi existencia, cómo he podido vivir antes de verte y de apreciarte y de adorarte? No; no querrá Dios que tu cariño se entibie; si tal sucediera, mé sería imposible vivir.

CONSUELO. ¿No crees que es Dios quien nos ha inspirado este amor?

ANTONIO. ¿Quién lo duda? ¿No es Él el que anima este fuego que enciende el corazón, y el que nos ha dado el espíritu, por el cual nos compenetramos con intuición misteriosa, y nos confundimos en un mutuo amor de inefable dulzura?

CONSUELO. ¡Y dirá ahora mi tío que tú no crees en Dios y que niegas el alma!

ANTONIO. ¿Eso dice?

CONSUELO. Eso dice, y de ahí procede la antipatía que te tiene.

ANTONIO. (Pensativo.) Tal vez, si no te amase, me cuidara poco de Dios y del alma. Pero negar á uno y á otra, teniéndote á mi lado, eso es imposible. (Animándose.) Sí; yo necesito creer en tu alma para ver y ser dueño de tus ideas; para que veas tú mis pensamientos y comprendas toda la intensidad de mi cariño; para que ambos espíritus, el tuyo y el mío, se fundan al mismo fuego de un amor purísimo, y al pensar yo que pienso en mí, sea en tí en quien pienso y por quien vivo. Yo creo que sólo Dios es capaz de unir dos almas de esta suerte.

CONSUELO. ¡Cuánto me consuelan tus palabras. No sabes, Antonio, hasta qué punto me haces feliz. Así te quería yo

y así te encuentro. (Como hablando consigo.) ¡Oh! no me engañaba el corazón, no.

ANTONIO. (Con amargura.) Veo, Consuelo, que has dudado de la pureza y de la santidad de mi amor.....

CONSUELO. (Interrumpiéndole.) No; no he dudado un momento. No era á mi pensamiento al que respondías hace un instante, sino al de los que no te conocen como te conozco yo.

ANTONIO. Déjalos que piensen como quieran. No será tu mamá, que ocupa en mi corazón el lugar que con ella comparte amorosamente el recuerdo de la mía, ni será tu tío Jacobo, mi mejor amigo, los que duden de mí. Pues si ellos no, ni tú tampoco, ¿qué más puedo apetecer? ¿No ves que el resto de la humanidad no existe para mí?

Tal vez creerás que es una exageración hija de extravío calenturiento, pero no lo es, sino la expresión exacta de la verdad: si un cataclismo lo destruyera todo y quedaseis solamente vosotros tres, yo no sabría darme cuenta de ese cambio y de esa soledad. ¡Hasta tal punto mi vida está reconcentrada en esta casa!

CONSUELO. Eso no (sonriéndose); si pereciese todo el mundo, ¿quién nos había de casar después?

ANTONIO. (Con zalamería.) Dios, que enviaría un ángel del cielo para bendecir á este otro ángel que quedaba en la tierra.

CONSUELO. Poeta estás hoy.

ANTONIO. Como que estoy al lado de la musa que me inspira..... Pero es forzoso renunciar á su encanto. (Mirando el reloj.) ¡Válgame Dios! Lo de siempre.....

CONSUELO. ¿Qué? ¿Me dejas ya?

ANTONIO. Es preciso; tengo que corregir unas pruebas, y el regente es inexorable y exacto como una máquina. (Se levanta.)

ESCENA X.

DICHOS. JACOBO.

JACOBO. (Entrando.) ¿Qué es eso? ¿Tan pronto?

ANTONIO. ¡Harto lo siento!

JACOBO. Sin embargo, tenemos que hablar. Sabía que estabas aquí, pero creí que te detendrías como otras veces.

ANTONIO. Es asunto de una hora, y volveré.

JACOBO. De menos es lo que tengo que decirte.

ANTONIO. Estoy á las órdenes de usted.

JACOBO. Seré muy breve. ¿Sabes que ha llegado mi hermano?

ANTONIO. Me lo ha dicho Consuelo.

JACOBO. Y..... ¿te ha dicho también que su venida no obedece á otro objeto que el de deshacer vuestro enlace? ¿Te indicó la opinión que ha formado de tí?

ANTONIO. Poco hemos hablado de ello. Creo que me tiene por un ateo.

JACOBO. Precisamente.

ANTONIO. Espero, sin embargo, que al ver el afecto inmerecido que ustedes me profesan, cambiará de opinión.

JACOBO. No; mi hermano es tenaz como el hierro y fanático como un hugonote. Hay que matarlo ó dejarlo.

ANTONIO. Se le deja.

JACOBO. Sí, pero él no nos dejará á nosotros, y capaz es de proporcionarnos algún serio disgusto.....

ANTONIO. En verdad, no comprendo.....

JACOBO. Me comprendo yo, y basta. No puedo ser más explícito, porque ni yo mismo adivino cómo podría imponerse aquí contra la voluntad de todos; pero estoy seguro de que, si se le deja tiempo, lo conseguirá al fin.

ANTONIO. Cuento, no obstante, con el auxilio poderoso de ustedes tres.....

JACOBO. Mi hermana es débil; cuenta conmigo y con el afecto de Consuelo. Pero es preciso anticipar el casamiento.

ANTONIO. No deseo yo otra cosa.

JACOBO. Lo sé, y por mi causa se ha aplazado; pero ahora veo que hice mal, y quiero enmendar el yerro.

ANTONIO. Usted sabe que todo está dispuesto. Ayer mismo he pasado revista á la casa con el tapicéro, y creo que no se olvidó ningún detalle. Lo único que falta es que Consuelo vaya á verla con su mamá y nos diga su opinión.

JACOBO. Pues de otros asuntos me encargo yo. Justamente he tardado en venir porque á tu llegada estaba arreglando papeles, y todo está corriente. (Á Consuelo.) ¿Crees tú que en tres días habrá tiempo suficiente para visitar tus amigas y preparar el traje?

CONSUELO. Como que casi está hecho todo eso.....

JACOBO. Perfectamente. Voy á hablar á tu mamá. (Á Antonio.) Ya lo sabes. Dentro de tres días. (Le da la mano y sale por la puerta del fondo.)

ANTONIO. (Á Consuelo, estrechando su mano entre las suyas.) ¿Has oído? ¡Tres días..... tres siglos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, JACOBO.

(María sentada en el sofá; Jacobo paseando, ó de pie.)

MARÍA. Créeme; está completamente cambiado. Ayer, en la mesa estuvo afectuosísimo con Consuelo y alegre con todos. Por la noche se retiró temprano porque estaba cansado, efecto del viaje, y no volvió á decirle á Consuelo una sola palabra de Antonio ni de su próximo enlace.

JACOBO. ¿Está en su habitación?

MARÍA. No; salió esta mañana, y dijo que no le esperásemos para almorzar, porque pensaba visitar á un antiguo compañero de colegio y almorzaría con él. Se conoce que ha renunciado á ocuparse más de la boda, y que la terrible revelación de ayer produjo en él un efecto saludable.

JACOBO. No lo creas; conozco bien á nuestro hermano. Haría hoy lo mismo en iguales circunstancias.

MARÍA. No; la lección ha sido severa. Ignacio tiene buen corazón, y á pesar de su aparente desvío y misantropía nos conserva siempre cariño.

JACOBO. (Meneando la cabeza con aire negativo.) Ignacio es incapaz de sentir el cariño como nosotros. No tiene otro amor que á su fe y á sus ideas. Por ellas sacrificaría gustoso la vida de todos, y hasta la suya propia si fuese preciso. Créeme: Ignacio se ha desligado voluntariamente de todo afecto, y para él no existen los lazos de la familia. De él podría hacerse igualmente un mártir, confesor de la fe, ó un inquisidor sanguinario.

MARÍA. Y tú eres otro fanático como él, pero en peor sentido. Basta que sea sacerdote para que le tengas antipatía sin razón alguna.

JACOBO. ¿Sin razón, dijiste? ¿Has olvidado ya hasta dónde condujo su fanatismo á nuestro padre?

MARÍA. Entonces era un niño de diez y seis años, sin discernimiento.

JACOBO. Tanto peor, María, tanto peor. Si á los diez y seis años, cuando las afecciones de familia son más vivas, cuando el respeto á un padre raya casi en veneración, se atrevió á poner en tela de juicio las creencias religiosas del que le había dado el sér, é hizo más todavía: lo delató á sus preceptores, ¿qué haría hoy, que sus ideas se han fortificado y no existe ya la ternura de aquella edad?

MARÍA. Hoy meditaría más, y no cometería una imprudencia.

JACOBO. La cometería igualmente, persuadido de que cumplía con un deber sagrado.

MARÍA. Dejemos esto; eres un apasionado incorregible.

JACOBO. Igual calificación podría darte á tí, pues que no logro convencerte. Hay, no obstante, entre los dos una importante diferencia: y es que yo me atengo á las pruebas, en tanto que tú te dejas llevar de un optimismo imprudente. Déjame obrar, y confía en mí. Esta tarde haré que Juan arregle la maleta de Ignacio, y yo, *velis nolis*, lo meto en un coche, y..... no saldré del andén hasta que el tren haya partido.

MARÍA. Por Dios, Jacobo, domina ese carácter. Tú crees que estás siempre entre soldados..... ¡Ave María! ¡Echar de casa á un hermano!..... ¡Y sin motivo alguno! Hay momentos en que verdaderamente pierdes la razón. Yo te ruego, por la memoria de nuestros padres, que deseches esa idea.....

JACOBO. ¿Lo quieres tú? Sea. ¡Ojalá no te arrepientas!

MARÍA. Jamás me arrepentiré de eso. Hace catorce años que no vemos á Ignacio; viene él espontáneamente por un motivo tan importante como es la boda de Consuelo; y cuando estamos todos reunidos, quieres tú romper la armonía de la familia!.....

¿Que tiene rarezas? No le hagas caso, ni le acrimines, ni entres en discusión con él, y él mismo modificará sus ideas, y concluirá por apreciar á Antonio en lo que vale, y por quererle como le queremos nosotros.

JACOBO. Así sea, y quiera Dios que sea yo el que se equivoque.

ESCENA II.

DICHOS. CONSUELO.

(Entra Consuelo por la puerta del fondo en traje de calle.)

CONSUELO. Pero, tío, ¿has olvidado que te estoy esperando?

JACOBO. No, hija mía; mi tardanza culpa es de tu madre que me entretuvo; pero ya estoy á tus órdenes. (Coge el sombrero, que habrá dejado sobre una silla.) ¿A qué hora pensáis ir á ver la casa?

MARÍA. ¿Irás tú con nosotras?

JACOBO. No; estaré ocupado toda la tarde.

MARÍA. En ese caso esperaremos á que venga Antonio para que nos acompañe.

JACOBO. Perfectamente. (Á Consuelo.) Cuando quieras.

CONSUELO. Vamos. Adiós, mamá. (La abraza y la besa. Salen por el fondo.)

ESCENA III.

MARÍA, JUAN.

(María queda un momento pensativa; después se levanta y da algunos pasos.)

MARÍA. ¿Tendrá razón Jacobo?..... La verdad es que yo misma no estoy tranquila, y que no creo en la aquiescencia de Ignacio, por más que trate de aquietar el ánimo de Jacobo.

Esta mañana estaba pensativo. ¿Adónde habrá ido tan temprano? Preguntaré á Juan, que se da trazas para informarse de todo. (Hace sonar el timbre.)

Con cuánta minuciosidad se enteró de nuestro método de vida..... ¿Por qué me habrá preguntado quién era nuestro confesor?..... Tal vez cometí una imprudencia en decírselo. Ó al menos debería referir á Jacobo nuestra conversación..... Pero no; ese lo echaría todo á perder con sus intransigencias.

JUAN. (Por la puerta del fondo) ¿Llamó usted, señora?

MARÍA. Sí, Juan; para preguntarte si sabes adónde ha ido mi hermano esta mañana.

JUAN. Precisamente tuve yo que salir al mismo tiempo, y vi que se dirigió seguidamente á la iglesia que está ahí al lado. Suponiendo que iría á decir misa, entré para oirla, que buena falta me hace; pero como tardaba mucho en salir, y el amo iba á notar mi falta, me volví á casa.

MARÍA. (Aparte.) No sé por qué, pero estoy intranquila. ¿Habrá ido á hablar á nuestro confesor?

JUAN. Por cierto que ayer no venía muy cansado del viaje.....

MARÍA. ¿Por qué dices eso?

JUAN. Porque en cuanto llegó aquí el señorito Antonio, me llamó, y me dijo: «Ve á la librería de la plaza de Santa Ana y tráeme el libro que va apuntado ahí», y me dió un papel y una moneda de cinco duros. Fuí y se lo traje; pero por el camino leí la portada del libro, y decía..... decía..... Reflexiónes *gilogicas* (me acuerdo bien), y tenía además el nombre del señorito Antonio.

MARÍA. (Pensativa) ¡Es extraño!.....

JUAN. En cuanto le entregué el libro y la vuelta del dinero, me dijo: «Está bien, vete y cierra la puerta.» Yo, entonces le dije: ¿Sabe usted que el novio de la señorita está en la sala?..... Me miró, y me dijo: «Ya tendré ocasión de verlo; ahora voy á descansar hasta la hora de comer.»

Pero yo (llevando el índice de la mano derecha al ojo) comprendí que para descansar no necesitaba de un libro con tanta prisa; y como por el ojo de la llave se ve lo que pasa en la habitación, ví que se puso á escribir con el libro abierto sobre la mesa. Dos ó tres veces

tuve que pasar por allí..... por *causalidad*, y siempre estaba escribiendo..... Hasta que lo llamé para comer.

MARÍA. ¿Dejó los papeles sobre la mesa?

JUAN. Los dejó..... y no los dejó. Porque mientras estaban ustedes comiendo entré allí..... para arreglar la habitación, y sólo he visto una carta muy abultada y cerrada con lacre; pero no tenía puesto el sobre.

MARÍA. No sería carta.....

JUAN. Sí, señora; porque después que se levantó de la mesa, me llamó y escribió el sobre, é iba á entregármela para que la llevase al correo. Pero, de pronto, le dió otro acuerdo, y dijo: «No, la llevaré yo mismo, y así doy un paseo.» Yo bien quise leer el sobre, pero tenía la carta del revés y no pude ver para quién era.

MARÍA. Sin embargo, se recogió temprano.

JUAN. Como que volvió en seguida. No hizo más que echar la carta en el buzón.

MARÍA. Está bien; haz que preparen ya la mesa para el almuerzo.

JUAN. Voy al momento. (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

MARÍA, ANTONIO, JUAN.

MARÍA. No hay duda; algún plan trae entre manos. Felizmente no le he dicho que la boda se celebrará pasado mañana, ni se lo diré. Desde hoy dejaré obrar á Jacobo, que es más viejo y tiene más experiencia que yo. Es muy posible que sus recelos no sean infundados..... La verdad es que todos ven aquí á Ignacio con desagrado, menos yo. Juan..... se ve perfectamente que lo vigila..... ¿Y por qué?..... Nadie le ha hecho ese encargo..... sabe que es nuestro hermano..... (Viendo entrar á Antonio.) ¡Antonio!

ANTONIO. Es una hora muy intempestiva, ¿no es verdad?

MARÍA. No, al contrario. Estoy sola, y me harás compañía. (Hace sonar el timbre.) Consuelo y Jacobo han salido á hacer compras y á dar prisa á la modista, y tal vez no

vuelvan hasta la hora de almorzar. (Se sienta en el sofá, é indica con un ademán una silla á Antonio.)

JUAN. (Desde la puerta del fondo.) ¿Señora?

MARÍA. Pon cubierto al señorito Antonio, que almorzará con nosotros. (Sale Juan.)

ANTONIO. Gracias. Ciertamente me sería imposible almorzar hoy solo.

MARÍA. ¿Por qué?

ANTONIO. Porque he pasado una noche muy agitada. No he podido conciliar el sueño. Sentía un malestar inexplicable; ideas absurdas acudían á la mente, y se aferraban en ella y la torturaban; en fin, un verdadero delirio, como si me devorase la fiebre. Me levanté, cogí un libro, y me fué imposible leer una sola página. Por último, salí á tomar el aire, y sin darme cuenta de ello, después de dar vueltas por las calles, me encontré aquí, y solamente con subir la escalera sentí que mi pecho respiraba mejor.

MARÍA. Y aquí acabarás de tranquilizarte y desecharás esas ideas, que no debían afectar á un hombre de talento como tú.

ANTONIO. ¡Talento!..... El talento no sirve para estos trances. Cuando, como yo, se está á punto de alcanzar el cielo, se duda siempre de que una dicha tal pueda realizarse en la tierra.

MARÍA. He ahí por qué es malo tener una imaginación tan excitable. Las personas..... vulgares, las que no escriben obras profundas, ni pertenecen á sociedades científicas, ni hablan en Ateneos, toman estas cosas con más calma, y no están expuestas á desvelarse de ese modo.

ANTONIO. Muy bien. Búrlese usted de mí. Así conseguirá usted que me burle yo de mis propias aprensiones, y justamente á eso es á lo que he venido..... Y, ante todo, á pesar de esa antipatía irresistible que su señor hermano me profesa, ¿será bastante amable para permitirme que le salude antes de que nos sentemos á la misma mesa?

MARÍA. No está en casa. Salió muy temprano y almorzará hoy con un amigo y compañero de Seminario.

ANTONIO. Lo siento. Crea usted que no estaré tranquilo hasta que consiga que me deje estrechar su mano.

MARÍA. Esa idea no es más que el efecto de las exageraciones de Jacobo. Ignacio es un hombre de talento, que te comprenderá mejor que nosotros y te apreciará más de lo que tú mismo puedes suponer. Ha sido toda su vida extremoso en el cumplimiento de sus deberes, y es intransigente en materias de religión; pero es preciso tener en cuenta que es un sacerdote, que desde niño ha sentido una vocación perfecta, y que mira las cosas de la tierra con otros ojos y desde otro punto de vista que las miramos nosotros. Si pedimos tolerancia en ellos, preciso es que la tengamos nosotros también.

ANTONIO. Es muy justo. Si yo hubiese tenido esa vocación, creo que sería lo mismo. La duda, que hoy considero como el aguijón del estudio, sería entonces para mí un crímen tal vez.

MARÍA. Pues eso es lo que no comprende Jacobo. De ahí que la última vez que Ignacio estuvo en Madrid, antes de quedar yo viuda, en tales disputas se enredaron, y de tal suerte lo trató, que no volvió á venir á esta casa..... Y de agradecer es que lo haya hecho ahora.....

ANTONIO. Siempre que no sirva de obstáculo.

MARÍA. No puede, en realidad, hacer uso de otras armas que las de la persuasión, porque solamente Jacobo tiene derecho legal á intervenir en los asuntos de familia. Y como nadie está aquí dispuesto á escucharle, poco temor puede infundir su resistencia, dado caso que, como creo, no haya desistido ya de manifestarla.

ANTONIO. Tiene usted razón. No hablemos más de ello, y sea bien venido. Así toda la familia, la de usted y la mía (porque ya no tengo otra), será testigo de nuestra felicidad. (Se oye á Jacobo que llama á Juan.) ¿Habrá llegado Consuelo?

MARÍA. (Levantándose) Sí; me pareció oir la voz de Jacobo. Permíteme que te deje solo un momento.

ANTONIO. (Levantándose.) No se cuide usted de mí; me entretendré en hojear estos libros. (Se dirige hacia el velador.)

MARÍA. (Saliendo por el fondo.) Vuelvo al instante.

ESCENA V.

ANTONIO.

(Coge un libro y lo abre distraido, sin mirarlo. Lo cierra en seguida, lo arroja sobre el velador, y da dos pasos hacia el proscenio.)

ANTONIO. La fiebre abrasa mi cabeza. No puedo alejar de mí las lúgubres ideas que me han asediado durante toda la noche. Si esta excitación no se calma, concluiré por volverme loco.....

¡ Loco !..... Verdaderamente anoche tuve momentos de locura. ¡ Sólo así pude acariciar la idea del suicidio!

¡ El suicidio ! ¡ La huida cobarde ante la adversidad !

(Pensativo.) Ó el descanso tal vez..... He gastado en el estudio toda la energía de mi juventud. El cerebro está agotado ya, y sólo queda la vida del corazón. Mi amor es hoy mi razón de sér. Esta afección purísima no tiene las amarguras de la ciencia, y quiero arrojarme en sus brazos como áncora de salvación. Si ésta me abandonase .... ¡ Dios mío ! no quiero pensarlo..... Si perdiese á Consuelo, ¿ para qué la vida ?

¿ Volver á recorrer ese interminable y fatigoso camino, combatido por unos, no comprendido por otros, llevando la duda en el alma y la muerte en el corazón?

Mejor sería cien veces morir.

Ó dejar de ser..... ó ver la luz, al fin, sin estas eternas sombras.

(Se pasa la mano por la frente, como para calmarse.) Vuelvo á estar loco como anoche. (Va hacia el velador, y coge un libro á tiempo que María y Consuelo entran por el fondo cogidas de la mano.)

ESCENA VI.

ANTONIO, MARÍA, CONSUELO.

CONSUELO. (Dejando el sombrero ó velo sobre una silla.) Vengo desesperada. Apenas hemos hecho la mitad de lo que proyectábamos. Buenos días, Antonio; en tí venia pensando.....

Verdad es que eso no es cosa nueva. (Dice esto con volubilidad, y se sienta fatigada.)

(Á María, y bajando la voz.) La modista había salido; los trajes están concluídos hace tres días, pero quiere consultarme sobre no sé qué detalles, y por eso no los ha enviado. Volveré esta tarde. No encontré cosa que satisfaga mis deseos; ya verás lo que hemos comprado, porque no hay tiempo para esperar..... pero muy contra mi gusto. Ahora pregunté, al entrar, y me dijo Juan que nada habían traido todavía.

Estas contrariedades me desazonaron tanto, que dejamos el coche y entré un momento en la iglesia para consolarme, muy á despecho del tío Jacobo (Sonriendo.)..... (¡Qué bueno es!)..... y ahora, sabiendo que Antonio está aquí, acabé de consolarme del todo.

(Á Antonio.) Hoy no puedo quejarme; te anticipaste á mis deseos.

ANTONIO. No me lo agradezcas; tu mamá sabe que fué por egoismo.

CONSUELO. Tanto mejor. No he de ser yo siempre la impaciente.

MARÍA. (Que ha permanecido de pie al lado de Consuelo, cogiéndole una mano.) Estás muy fatigada, hija mía; descansa un momento (La besa.) Cuando tu tío quiera que almorcemos, vendrá Juan á avisar. (Sale por el fondo.)

ESCENA VII.

CONSUELO, ANTONIO. DESPUÉS JUAN.

CONSUELO. (Que al marchar María hace seña á Antonio de que se siente en la butaca.) ¡Ay! ¡Nunca he deseado tanto tenerte á mi lado!

ANTONIO. ¿Por qué, Consuelo mía? (Le toma la mano.)

CONSUELO. Porque estoy hoy nerviosa. Tengo miedo.

ANTONIO. ¡Miedo! ¿De qué?

CONSUELO. ¿Lo sé yo misma?..... De una niñería, de que te vas á reir, de una pesadilla que he tenido esta noche.

ANTONIO. Si no es más que eso.....

CONSUELO. ¡Oh, pero qué noche tan agitada y tan triste, y qué ensueño tan pertinaz!

ANTONIO. ¿Qué soñaste?

CONSUELO. ¡Sólo con recordarlo me estremezco!..... Soñé que estaba en la iglesia, vestida con el traje nupcial. Mi tío Ignacio me tenía cogida del brazo y me arrastraba violentamente hacia las gradas del altar. Yo miraba en derredor, y no estabas allí tú, ni mamá, ni el tío Jacobo; todas eran caras desconocidas, y me miraban ceñudas, como si me tuviesen odio. Quería gritar, y no tenía voz; quería resistir, y no tenía fuerzas..... El tío Ignacio me llevó hasta la primera grada y me obligó á arrodillarme. Una vieja horrible, escuálida y mal vestida me arrancó el velo blanco, sacó del seno unas tijeras, é iba á cortarme el cabello. Yo, al sentir el frío del acero en la frente, dí un grito, y desperté.....

No sé cuánto tiempo estaría despierta. Después volví á soñar..... Me ví en un ataud, vestida de monja y rodeada de cirios encendidos. La iglesia estaba muy alumbrada y llena de gente. Yo pugnaba por levantarme y salir del ataud, pero mis miembros no respondían á la voluntad. Veía todo lo que pasaba á mi alrededor, y tenía los ojos cerrados..... De pronto, tres sacerdotes se acercaron cantando; dieron una vuelta en torno de mi ataud y me rociaron con un hisopo lleno de agua. Á la impresión de aquella agua helada volví á despertar, y entonces me incorporé despavorida en la cama para no volver á dormir, y me puse á rezar.....

Recé por tí, y por mí, y por todos, y así esperé hasta que amaneció. ¡Qué horas tan largas me parecieron! ¡Aun ahora mismo tiemblo al recordarlas!

ANTONIO. Ya ves que todo ha sido un sueño.....

CONSUELO. Te dije ya que entré en la iglesia un momento. Mi tío Jacobo estaba allí conmigo, de pié. Si no estuviera él, no me hubiera atrevido á entrar..... Pues bien; todo se me reprodujo al momento en la imaginación. Yo creo que era esta misma iglesia la que veía yo en mis sueños..... Procuré dominar mi alucinación, y conseguí rezar algo; pero cuando salimos y respiré el aire de la calle, sentí que mi corazón se descargaba de un peso enorme. Me pareció como si estuviese muerta y volviese á la vida.

ANTONIO. (Hablando consigo mismo.) ¡Qué extraña coincidencia!

CONSUELO. ¿Qué dices?

ANTONIO. Que es en extremo fácil la explicación de esa pesadilla. La agitación de estos días, la proximidad de nuestro enlace, que es un acontecimiento de importancia decisiva en nuestro destino, y el estado anormal consiguiente de excitación nerviosa, bastan y sobran para ocasionar un sueño intranquilo y una irritación febril. Si unes á eso las dos preocupaciones de tu espíritu en el día de ayer, la fijación del día de nuestra boda y la oposición manifestada por tu tío, comprenderás tú misma que no podías, en realidad, soñar otra cosa.

CONSUELO. Es verdad. ¡Qué niña soy! Así explicada, parece la cosa más natural..... Sin embargo, otras muchas veces he tenido pesadillas y me he despertado asustada, y después volvía á dormirme y quedaba tranquila.

ANTONIO. Porque no te impresionaban tanto como en esta ocasión. Eso es efecto solamente del estado del ánimo.

CONSUELO. Si tú mismo estás excitado.... Abrasa tu mano.

ANTONIO. Tampoco he dormido bien..... Pero en mí es resultado de mi impaciencia; quisiera anular el tiempo. Cuanto menor es el que nos separa de nuestra eterna dicha, más largo me parece. Quisiera pasar en un letargo estos dos días que faltan, para no contar las horas.....

CONSUELO. Estando á mi lado, pasarán esas horas como instantes.

ANTONIO. Por eso he venido tan temprano hoy. No podía vivir sin verte.

CONSUELO. ¡Ojalá sea siempre así!

JUAN. (Desde la puerta del fondo.) Señoritos: cuando ustedes gusten.....

CONSUELO. Sí, vamos. (Se levantan; Consuelo se coge del brazo de Antonio; Juan tiene levantado el portier hasta que salen.)

ESCENA VIII.

JUAN. DESPUÉS IGNACIO.

(Entra y coloca ó hace que coloca las sillas en su sitio. Mientras hace lentamente este arreglo, dice el monólogo.)

JUAN. ¡Buena pareja! (Mirando hacia la puerta.) Como que hizo Dios el uno para el otro..... (Queda un momento pensativo, y

se adelanta luego hacia el proscenio.) Pues, señor, desde que ha venido ese canónigo se respira mal aire en esta casa. La señorita Consuelo se levantó esta mañana pálida y ojerosa: se conocía perfectamente que había llorado.....

¡Vive Dios, que si no fuera hermano del brigadier!..... ¡Mire usted que llorar la señorita Consuelo!..... ¡Y que tenga que sufrirlo yo (Cruzándose de brazos.), que la he llevado desde chiquitilla al colegio!.....

Pues ¿y mi brigadier?..... ¡Hoy, cuando le llevé la ropa cepillada, me miró de un modo! Parecía como que quería decirme algo..... ¡Voto á mi cruz de plata! que si me dice: «Echa fuera á ese hombre», no le pregunto quién, no.

¡Ni me llamó bruto!..... ni me echó de la habitación..... ni me mandó callar..... Nada, no lo he visto nunca así.

¡Pero si á todos ha trastornado ese hombre! Hasta la señora le tiene miedo..... Las preguntas que me hizo hoy no indican otra cosa. Por eso canté yo en seguida cuanto sabía.....

Pero, señor, ¿no sabe mi brigadier que yo soy fiel como un perro? ¿Por qué no me ha dicho: «Juan, sigue á ese hombre á todas partes, observa lo que hace y dame cuenta de todo?».....

En fin, Juan: tú eres muy bruto, como dice el brigadier, y no entiendes de estos asuntos. Tú no sirves más que para romper cristal y echar todo á perder. Déjale hacer á él, que ya se ha visto con enemigos más temibles que ese.....

¡Pues bonito es él para los curas! .... Como que hizo andar derecho á alguno en la guerra pasada.....

No, pues éste es de óle. Y ha comprendido perfectamente que no he de hacer migas con él.

Lo que es ayer, si me da el pliego, lo primero que hago es llevárselo al brigadier. (Llevando la mano á la sien, como en el saludo militar.) «Mi brigadier, un parte carlista cogido á un faccioso.....» Y si no lo abría para ver lo que iba dentro..... lo que es al correo había de llegar tarde.

Yo soy muy bruto, pero á olfato no me gana ni un perro perdiguero. Aquí tengo un parte *telegráfo* (Seña-

lando al bolsillo de la chaqueta.) para él, y bien insté al amo para que lo abriese. No quiso; pero me dió una palmada en el hombro, como quien dice: tienes razón; ahí hay algo malo; y luego añadió: «¿No ves torpe, que no es para mí? Anda, y dáselo á él cuando venga.»

Me pesó después habérselo dicho, porque mis amos son muy buenos y muy nobles, y con esas gentes no hay nobleza que valga. Hubiera sido mucho mejor guardar el parte en el canuto de la licencia para que no le entrara la polilla..... ¡Pero ya no puede ser! (Oye pasos.)

Alguien viene; á tu puesto, Juan. (Va á salir, y se interpone Ignacio, que lo detiene, entrando por la puerta del fondo.)

IGNACIO. Espera un momento. ¿Han traído correspondencia para mí?

JUAN. No, señor..... digo..... sí, señor; han traído un parte.

IGNACIO. Dámelo.

JUAN. Aquí está. (Lo saca del bolsillo, y lo mira antes de darlo. Ignacio se lo coge con impaciencia.)

IGNACIO. (Sin abrir el parte.) ¿Y los señores?

JUAN. Están concluyendo de almorzar. Y el señorito Antonio con ellos. (Aparte.) Chúpate esa.

IGNACIO. Está bien; déjame solo, y no avises que he llegado.

JUAN. (Aparte.) No; sino ahora mismo. (Sale.)

ESCENA IX.

IGNACIO.

IGNACIO. Ha sido puntual; veamos qué dice. (Recorre con la vista la sala para cerciorarse de que está solo, y rasga el parte.)

(Leyendo) «Su Excelencia aprecia observaciones y está completamente de acuerdo. Adicionada pastoral en prensa. Remítola correo de mañana.» (Dobla cuidadosamente el parte, y lo guarda.)

¡Gracias, Dios mío! El remedio llegará á tiempo todavía, y surtirá el efecto saludable que apetezco.

Hoy he hablado al confesor de Consuelo; es un hombre virtuoso, pero de cortos alcances. No conocía las

obras de ese desdichado, y me confesó que apenas leía nada.....

No he querido que asuste á Consuelo, sino que prepare solamente su ánimo. Su corazón es bueno, y su alma inocente y dócil; que siembre en ella la buena semilla, y la reflexión le hará fructificar en la soledad y el recogimiento de la noche.

Sé que hoy, al anochecer, la tendrá á sus plantas, penitente y sumisa; le hablará forzosamente de su enlace; la ocasión no puede ser más propicia.

¡Y habrá quien niegue la Providencia! ¡Oh, bien clara se vé la protección del Señor en esa tierna niña! Su madre, contra el consejo de su hermano, á quien respeta, sin embargo, como á un padre, llevada por irresistible y secreto impulso, me anuncia el proyectado casamiento. Para evocar mejor mis recuerdos, no sólo me dice el nombre del prometido de su hija, sino que refiere sus méritos y triunfos. Era imposible dudar.

¡Lento me parecía el vapor que me traía hasta aquí!

Artefacto de Satanás lo apellidó mi hermano..... Bien dijo. Dios quiere que sus enemigos caigan heridos por las armas que ellos mismos se han fabricado.

¡La civilización en lucha con la Iglesia!..... ¡Insensatos! ¡La civilización del siglo XIX se sepultará, como tantas otras, en las ruinas de sus efímeras creaciones, y la Iglesia hará de ellas el subterráneo cimiento de su eterna basílica!

Van á venir, y no quiero ver á ese hombre. Me encerraré en mi habitación y oraré; falta me hace obtener auxilios especiales para vencer en esta lucha empeñada contra el torrente de todos. (Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

MARÍA, JACOBO, CONSUELO, ANTONIO, JUAN.

MARÍA. (Entrando por el fondo con Jacobo.) ¡Cómo! ¡No está aquí Ignacio?

JACOBO. Se habrá ido á su habitación. Se conoce que no siente impaciencia por saludarnos.

(Consuelo y Antonio entran cogidos del brazo.)

CONSUELO. Creía que encontraríamos al tío Ignacio con vosotros.

MARÍA. No; tal vez haya vuelto á salir; preguntaremos á Juan. (Hace sonar el timbre.)

ANTONIO. Yo tengo también deseo de saludarle. Hace dos días que está aquí y no le he visto todavía.

(María y Consuelo se sientan en el sofá; Jacobo y Antonio quedan de pie.)

JUAN. (Desde la puerta del fondo.) ¿Llamaron ustedes?

MARÍA. Sí, Juan. ¿Ha vuelto á salir mi hermano?

JUAN. No, señora. Está en su habitación. Creo que está descansando.

MARÍA. Es probable. (Á Juan.) Nada más. (Sale Juan.)

JACOBO. (Á María.) Ya lo ves; Ignacio es una fiera indomesticable, y lo mejor es devolverle su libertad.

CONSUELO. No, sino que tendrá costumbre de descansar en la hora de siesta, y como hemos tardado en venir, se habrá aburrido de estar solo.

JACOBO. En ese caso, para no aburrirse debió haber ido á hacernos compañía á la mesa. No creo que la santidad ni el hábito del descanso estén reñidos con las formas más elementales de la buena educación.

(Entra Juan con el servicio del té. Este es un detalle que puede suprimirse, porque en nada afecta á la escena.)

MARÍA. ¡Jacobo, Jacobo! Tú siempre censurándolo.....

JACOBO. Y siempre con razón.

CONSUELO. Hablemos de otra cosa. (Á Jacobo.) Ya sabes que esta mañana hemos dejado mucho por hacer.

JACOBO. Sí; pero ya que Antonio está aquí, él os acompañará. Yo tengo que esperar á un agente á quien he dado cita para esta tarde.

ANTONIO. Cuenten ustedes conmigo todo el día. Estoy absolutamente libre.

CONSUELO. Entonces. aprovecharemos la tarde. Ante todo, veremos la casa. Después, la modista. Despues, las compras pendientes. (Á María.) Más tarde, cuando anochezca, nos iremos tú y yo á la iglesia. ¿Quieres, mamá?

MARÍA. Lo que tú quieras, hija. Vamos á arreglarnos. (Se levantan y salen por el fondo.)

ESCENA XI.

JACOBO, ANTONIO.

ANTONIO. Se conoce que la antipatía de su hermano de usted hacia mí es irresistible. Indudablemente evita el verme.

JACOBO. Creo lo mismo; pero si sólo fuese antipatía, es bastante cortés para haberla ocultado. Es odio; odio irreconciliable.

ANTONIO. ¡Odio!..... ¿Por qué? Nunca le he hecho daño.

JACOBO. Y si se lo hubieses hecho, hombre es él para perdonarte y olvidar una injuria.

ANTONIO. Entonces, no comprendo.....

JACOBO. En las circunstancias de Ignacio, y con su temperamento ó su carácter, hay algo que se aprecia más que todo, inclusa la vida, y ese algo son las ideas. Tú has atacado esas ideas en tus escritos, y le has provocado, sin sospecharlo siquiera, á una guerra sin cuartel.

ANTONIO. En buen hora. Si eso es así, que acepte el reto, y me ataque, y me venza; pero que no huya.

JACOBO. El ataque sería ya una concesión, porque en la lucha puede ser vencido el menos fuerte ó el menos hábil. El que se cree investido de la autoridad no desciende jamás hasta la controversia.

ANTONIO. Y, sin embargo, esa lucha de las ideas es tan antigua como el hombre, y durará tanto como él. Es la historia de la humanidad.

JACOBO. Sí, pero historia sangrienta; desde el pueblo asirio hasta el hebreo; desde los anfiteatros en Roma hasta los albigenses en Francia y los husitas en Bohemia Esa historia es un raudal de sangre.

ANTONIO. Lo fué. Hoy las ideas han elegido otro campo de batalla; hoy se lucha en el libro, en el periódico, en las academias.....

JACOBO. No se lucha; se reta desde la prensa y desde la academia. Pero ¿cuántas veces se recoge ese guante?

ANTONIO. Creo, al menos, que hoy no estamos expuestos á que las sombras de la noche sirvan de paño funerario á los

horrores de una jornada como la de San Bartolomé.

JACOBO. No lo afirmaré en absoluto; pero creo difícil que haya un pueblo que soporte á un Carlos IX.

ANTONIO. Esa es nuestra obra: educar los pueblos.

JACOBO. (Con sorna.) ¿Á pesar de los principios autoritarios?

ANTONIO. No; sino de acuerdo, y ayudado por ellos.

JACOBO. Utopias, utopias.

ANTONIO. (En tono de broma.) ¿Si tendré que confesar con su hermana de usted que es usted otro fanático como.....

JACOBO. ¿Como mi hermano? Creo que sí. Es defecto de familia. Por eso jamás hemos conseguido él y yo pensar del mismo modo.

ANTONIO. Es natural; viviendo alejados el uno del otro, ni se aunan caracteres, ni se funden las ideas.

JACOBO. Tú sabes perfectamente que para las ideas no hay alejamiento ni distancias. Cuando escribes, hablas con todo el que lee tus pensamientos. Ni la prensa respeta fronteras, ni el tiempo sirve de obstáculo á su marcha. Va á todas partes, y subsiste á través de todas las edades.....

ESCENA XII.

DICHOS. CONSUELO Y MARÍA (en traje de calle).

CONSUELO. (Entrando con María por el fondo, é interrumpiendo á Jacobo.) Ya estamos listas. No diréis que la *toilette* ha sido larga.

ANTONIO. (Acercándose á Consuelo.) Quien, como tú, es tan rica de gracias naturales, tiene poco que pedir al tocador.

CONSUELO. Dios te conserve esa ceguera, para que no veas nunca mis defectos.

MARÍA. (Aparte á Jacobo.) Habla á Ignacio, y que esté aquí cuando regresemos. Hazle comprender que esa situación es insostenible.

JACOBO. (Aparte.) O si no, que se vaya esta misma noche.

MARÍA. (Aparte.) No; Nada de violencias. (Alto á Consuelo y Antonio que hablan bajo.) ¿Vamos?

CONSUELO. Vamos. Adiós, tío, hasta luego.

JACOBO. Hasta luego. (Alarga la mano á Antonio. María, Consuelo y Antonio salen por el fondo.)

ESCENA XIII.

JACOBO. DESPUÉS JUAN.

JACOBO. «Nada de violencias»..... El consejo es fácil, pero el cumplimiento tal vez sea difícil. Que Ignacio se muestre una vez prudente y razonable, ya que no tolerante, y no seré yo quien rompa las hostilidades; pero si se obstina en imponer aquí su voluntad y en desoir la razón, no respondo de mi paciencia. (Hace sonar el timbre.)

Sin embargo; mucho deseo que se acabe esta situación tirante, y haré cuanto esté de mi parte para conseguirlo.

JUAN. (Desde la puerta del fondo.) ¿Llamó usted?

JACOBO. ¿Sabes si está durmiendo mi hermano?

JUAN. Me parece que está paseando en su habitación.

JACOBO. En ese caso, dile que deseo hablar con él.

JUAN. Está bien. (Sale.)

JACOBO. ¿Quién sabe? Posible es que María tenga razón, y que haya desistido de sus propósitos..... Por si así fuere, conviene que no lo reciba con mi habitual aspereza.

Que la memoria de mi padre no me haga romper esta tregua, ya que la felicidad de Consuelo y de Antonio así lo exige.

Siento sus pasos.

ESCENA XIV.

JACOBO, IGNACIO.

IGNACIO. (Entrando por la puerta de la derecha.) Juan me acaba de decir que estás solo y deseas hablarme. ¿Por qué no has ido á mi habitación sin aviso previo?

JACOBO. Porque no quería interrumpir tu sueño si estabas descansando.

IGNACIO. Nunca duermo siesta. Leo, rezo ó paseo.

JACOBO. En tal caso, no me explico por qué, cuando entraste, no has ido á hacernos compañía. Estábamos terminando el almuerzo.

IGNACIO. Lo sé; y cree que hubiera tenido un gran placer en estar á vuestro lado. He disfrutado por tan corto tiempo de las dulzuras de la familia, que tengo verdaderamente hambre de dar expansión á mis sentimientos.

JACOBO. Y para saciarla, huyes de nosotros.

IGNACIO. ¡De vosotros!.... No. Ni de tí siquiera. Si he dejado pasar tantos años sin venir á esta casa, ha sido imponiéndome un doloroso sacrificio, y porque tu frialdad me hacía mucho daño. No; no huyo de vosotros; huyo de él.

JACOBO. ¿De quién?

IGNACIO. De ese desgraciado, á quien tanto amáis, y que queréis hacer vuestro hijo.

JACOBO. ¡Todavía! ¿Es posible que seas tan injusto, y que te aferres de ese modo á tus preocupaciones?

IGNACIO. (Con aire suplicante.) Jacobo, te lo ruego por la memoria de nuestra madre: aparta á ese hombre de Consuelo. Aun es tiempo. Te prometo que lo olvidaré; que lo perdonaré; que lo dejaré abandonado á su destino. Haré más: pediré á Dios su salvación, y le ofreceré gustoso mi vida inútil por su alma.....

JACOBO. (Con calma.) Tu exaltación te ciega, Ignacio. Precisamente deseaba hablarte de él.

IGNACIO. (Con disgusto.) ¡De él!

JACOBO. Sí, porque tu aislamiento no puede prolongarse más. Has llegado ayer, y Antonio no te ha visto todavía. Mía es la culpa en parte, porque debí haberos presentado mutuamente ayer mismo. No lo hice, porque temí que cometieses alguna descortesía, hija de tu carácter, después del juicio que acerca de él habías emitido.

IGNACIO. Has obrado con prudencia, Jacobo. Si ese hombre llegase á tocar mi mano, te juro que la echaría después al fuego, como Mucio Scévola, para purificarla.

JACOBO. Óyeme, y reflexiona sin pasión en lo que te voy á decir. Si por un momento hubiese dudado yo de la

rectitud de Antonio; si hubiese creído que su alma podía empañar en lo más mínimo con su contacto la pureza del alma de Consuelo; si no lo juzgase á la altura intelectual y moral que tengo derecho á exigir de aquel á quien he de confiar el sér que más quiero en este mundo, créeme, Ignacio, yo hubiera sido el primero en apagar el fuego naciente de ese amor, hoy convertido en inextinguible incendio. Yo lo ví nacer con alegría, por virtud de la atracción misteriosa que Dios hace surgir entre sus criaturas elegidas, y bendije al cielo porque así galardonaba mi afecto entrañable á esa inocente niña; lo ví crecer y apoderarse de sus dos almas, entrelazándolas con indisoluble nudo, y entonces dije como el viejo creyente (1): ya puedo morir tranquilo, porque he visto que la bendición de Dios ha descendido sobre esta casa.

(Cogiéndole las manos.) Si fuese posible que yo me equivocase; si toda una vida de honradez, y de abnegación, y de cariño tan desinteresado como inmenso, mereciese un error por pago al final de su carrera, sería preciso borrar la bondad de los atributos de Dios.....

IGNACIO. (Interrumpiéndole y haciendo ademán de taparle la boca.) ¡Calla, desgraciado! Estás blasfemando. ¿Cómo te atreves á atribuir á Dios los errores de tu extraviado criterio?

(Con calma.) Comprendo que sería inútil entrar ahora contigo en discusión. No te acrimino tampoco. Estás ciego, y tratar de hacerte comprender la verdad, sería tan infructuoso como pretender que un ciego viese la luz. Pero acepto como bueno tu último argumento. Creo firmemente, como tú, que es imposible que Dios, en su suprema bondad, quiera permitir que el alma de esa inocente criatura se pierda irremisiblemente.

Esperemos, pues, á que su altísima providencia nos manifieste á tí y á mí cuál es su voluntad, y cuánta es su bondad inagotable. El plazo es corto. Yo te aseguro (Con tono solemne.) que mañana, á esta misma hora, ó tú ó yo habremos inclinado la cabeza ante su fallo inapelable.

---

(1) Luc., c. II, v. 29, 30.

JACOBO. (Con sobresalto.) ¿Qué es lo que intentas hacer?

IGNACIO. Nada. Mi misión está cumplida ya. Solamente me resta esperar, confiando en que se cumplirá la eterna Providencia. Mañana (Dirigiéndose hacia la derecha.) nos volveremos á ver. Ahora voy á entregarme á la oración.

JACOBO. (Colérico.) ¿Eso que acabas de decir es un reto?

IGNACIO. (Deteniéndose en el umbral de la puerta, y volviéndose hacia Jacobo con tono solemne.) Como tú quieras. Pero ten en cuenta que, si lo aceptas, estás retando á Dios.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitación diferente de la anterior, con dos puertas: una en el fondo y otra á la izquierda. A la derecha un balcón. En el fondo, á la izquierda, una biblioteca elegante; á la derecha una mesa-despacho con escribanía y papeles. En primer término, á la izquierda, un velador con libros y dos sillas; á la derecha un pequeño confidente. En las paredes dos retratos y un escudo con armas artísticamente colocadas.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO, ANTONIO. DESPUÉS JUAN.

(Antonio sentado en un ángulo del confidente; Consuelo, al lado suyo, en una butaca.)

CONSUELO. No lo creas, Antonio: no estaba prevenido; yo misma fuí la que le habló del casamiento y de tí.

ANTONIO. Pero ¿no comprendes que esas discusiones ni son propias de ese lugar, ni deben suscitarse con una mujer que es casi una niña?

CONSUELO. Reflexiona que es el director de mi conciencia; que me conoce desde que tengo uso de razón, y que se interesa verdaderamente por mí.

ANTONIO. Todo lo que quieras. Pero si en realidad tiene dudas acerca de mi fe, nada más sencillo que salir de ellas. ¿Por qué no me ha llamado á su casa? Yo tendré una conferencia con él cuando guste. Si ayer mismo me hubiera avisado, se habría ahorrado llenar tu alma de escrúpulos absolutamente pueriles.

CONSUELO. No, Antonio: desgraciadamente no son escrúpulos míos, sino órdenes terminantes. (Acercando el pañuelo á los ojos, y sollozando.) ¡Oh! ha estado muy severo conmigo..... Nunca lo he visto tan irritado.

ANTONIO. Pero, por Dios..... habla. ¿Qué es lo que te ha dicho?

CONSUELO. (Sollozando.) ¡Si no me atrevo á decírtelo!.... Dios mío, Dios mío! ¡Que desgraciada voy á ser!

ANTONIO. ¡Consuelo mía! No llores. Me estás despedazando el corazón. ¿No soy tu mejor amigo..... casi tu esposo? ¿Puedes tener ya nada secreto para mí? ¿Puede haber sacrificio, por grande que sea, que no esté yo dispuesto á hacer por tu tranquilidad? Todo, todo lo que tú quieras, á condición de que no derrames una sola lágrima.

CONSUELO. Te conozco demasiado..... te quiero demasiado para no comprender que es imposible. ¡Qué infelicidad tan grande me espera, Antonio mío!.... (Anegada en lágrimas.) ¡Mío..... y te he perdido para siempre!

ANTONIO. (Con solemnidad.) Consuelo, sólo la muerte puede ya separarnos en la tierra. Si no hablas, voy ahora mismo á interrogar á tu confesor.

CONSUELO. No, no vayas. Sería inútil. Lo que me ha dicho era su última palabra..... Bien me decía el corazón que mi sueño era un funesto presagio. ... un horrible presagio!

ANTONIO. Pero Consuelo .... amor mío, ¿no ves que me estás matando? Dilo todo. ¿Qué podrás decirme ya que me haga más daño?

CONSUELO. Antonio..... Antonio de mi alma: nuestra felicidad fué un sueño; ¡un sueño que no se realizará jamás! (Sollozando.) Yo..... yo moriré de dolor en un convento!

ANTONIO. ¡Tú..... tú en un convento! ¿viviendo yo, Consuelo? esa es una locura, ó..... el delirio de la fiebre..... ó tal vez un crimen inicuo, que yo descubriré..... y para el cual no tendré piedad. (Se levanta precipitadamente, y toca la campanilla de la escribanía con violencia.) ¡Oh infames! Este es un plan horrible é infernalmente combinado!.... ¡Y es la víctima ese ángel de bondad y de ternura!....

JUAN. (Desde el umbral de la puerta del fondo.) ¿Señorito? (A Antonio)

ANTONIO. (Precipitadamente.) Dí al brigadier que necesito hablarle ahora mismo. (Sale Juan sin contestar.)

¡Jacobo, Jacobo! Creo que tiene usted razón.....

«¡Odio, odio irreconciliable y guerra sin cuartel!» ¡Si así fuera..... yo os arrancaré la máscara: verdugos! (Paseando precipitadamente y hablando solo. Consuelo, con el pañuelo en los ojos y extraña á esta parte de la escena.) ¿Huís de la luz, y heris en las tinieblas? Yo os heriré frente á frente, y á la luz del sol, cobardes!

ESCENA II.

DICHOS. JACOBO.

(Jacobo dirige al entrar una mirada á Antonio, que no le ve, y á Consuelo que está sentada de espalda al fondo y sollozando.)

JACOBO. ¿Qué significa esto? ¿qué pasa aquí?

ANTONIO. (Volviéndose de pronto hacia él.) Una iniquidad que están viendo mis ojos, y no me atrevo á creer todavía.

JACOBO. Sepamos, ante todo, que es ello.

ANTONIO. Consuelo se confesó ayer tarde, según me acaba de decir; su confesor le habló de mí, de mis creencias..... de..... ¿qué sé yo? El hecho es que ahí la tiene usted llorando, hablando de un convento y de morir..... y diciendo que nuestra felicidad fué un sueño..... y (Con violencia.) destrozándome el alma con sus sollozos y con sus reticencias, porque, en realidad, ni yo mismo sé cuáles son las causas de tanta angustia.

JACOBO. (Aproximándose á Consuelo.) Hija mía..... Consuelito..... (Sensentándose en el sofá y cogiéndole la mano.) Vamos, ¡ánimo! Ya sabes que yo te quiero más que á nadie en el mundo; que soy tu segundo padre y que he sido siempre complaciente y bueno contigo. Díme lo que ha pasado, sin ocultarme nada, y verás cómo se acaba esa aflicción.

CONSUELO. No, tío, no. No tiene remedio. (Meneando la cabeza y volviendo á llevar el pañuelo á los ojos.)

JACOBO. ¿Y qué es lo que no tiene remedio?

CONSUELO. Que ya no me casaré con Antonio..... que me encerraré en un convento..... si antes no me muero de dolor!

JACOBO. Y ¿por qué no te has de casar con Antonio? Veamos: ¿quién podrá impedirlo?

CONSUELO. La Iglesia, tío, la Iglesia. No habrá sacerdote que nos case. Ayer me lo ha dicho el confesor. Que Antonio es un hereje, y que nadie podrá admitirlo en la Iglesia, ni celebrar el sacramento, á no ser que abjure públicamente sus errores. A mí misma me dijo que no podía perdonarme, y que me condenaría sin remedio si no desechaba este amor..... Como si eso fuese ya posible, Dios mío! (Prorrumpiendo en sollozos.)

ANTONIO. (Que estuvo de pie, escuchando con interés este diálogo, se cruza de brazos mirando á Jacobo.) Y en este caso, ¿qué debo hacer yo? (Jacobo le mira sin contestar; Antonio da un paso hacia ellos, y continúa.) ¿Qué me importan á mí mis escritos, y mis vigilias y mis convicciones, si con ellas renuncio á lo único que aprecio en el mundo, á lo que constituye mi felicidad y mi vida?.... (Da dos ó tres pasos, pensativo.)

Pero la abjuración es la mentira..... ¡es la deshonra....! Y cuando me haya convertido en un ser abyecto y miserable, cuando todos aparten de mí la vista con desprecio, vendré á ofrecer esta mano, que rechazarán los hombres de bien, á esta criatura angelical y pura, para hacerla descender conmigo hasta el fango de mi vergüenza!

CONSUELO. (Con calor.) No, Antonio, no; prefiero mil veces morir á ser causa de tu deshonra. Además (Tristemente.) sería un sacrificio inutil. Tal cual eres te he querido; así te quiero y así te querré hasta que muera.

JACOBO. (A Antonio.) No; ni debes hacer eso, ni podrías hacerlo aunque quisieras. ¿Cómo negar la luz, alumbrando el sol?

ANTONIO. (Con desaliento.) Y entonces..... ¿qué remedio queda?

JACOBO. Lo pensaremos, lo buscaremos..... y lo hallaremos. (A Consuelo.) Retírate á tu habitación y ruega á Dios. Eso te consolará. Dí, además, á tu mamá que venga, que quiero hablarle. (Se levanta Consuelo, dirigiendo una mirad triste á Antonio, y sale por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

JACOBO Y ANTONIO.

JACOBO. (Levantándose, y dando un paso hacia Antonio.) Estoy seguro de que todo es el resultado de alguna otra indiscreción de María. La mano de Ignacio anda en esto. ¡Oh! no me cabe duda.....

ANTONIO. Creo lo mismo. Su obstinación en no verme demuestra un plan preconcebido é irrevocable. Pero ¿no ve ese hombre que hace infeliz á la vez á Consuelo, á la hija de su hermana?

JACOBO. Para él no hay hermanos; no hay más que ideas. Ayer te lo he repetido.

ANTONIO. Y voy creyéndolo ya. Sin embargo, emplearé todavía los medios de persuasión. Voy ahora mismo á hablar al confesor de Consuelo, á quien conozco de vista..... ¿Quién sabe? Es posible que la imaginación exaltada de Consuelo exagere la situación..... Es posible también que ese hombre y yo hallemos una forma de transigir.....

JACOBO. ¡Ilusiones! No hallarás en él ni generosidad ni perdón. Pero vé y procura ser dueño de tí mismo.

ANTONIO. Lo seré. Hasta luego. (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

JACOBO Y MARÍA.

JACOBO. ¡Pobre mozo! Muy desigual es la lucha que has emprendido. En ella perderás una á una todas tus ilusiones, como las he perdido yo.....

MARÍA. (Entrando por el fondo.) Ya sé para qué me llamas. (Con tristeza.) Lo sé desde anoche. Si ayer nos hemos retirado tan temprano, sin ver á nadie, fué porque Con-

suelo y yo estábamos aterradas..... ¡Válgame Dios! ¡qué noche tan triste hemos pasado! ¡No tuve valor para decírtelo!

JACOBO. No te llamé para que me refirieses eso. Consuelo me lo ha dicho ya. Te llamé para obtener la prueba de mis sospechas; para interrogarte, y para que me respondas como si fuese yo tu confesor.

MARÍA. No te entiendo.....

JACOBO. Ya me comprenderás. (Va hacia la puerta del fondo y la cierra. La de la izquierda estará cerrada. Después vuelve junto á María, que está esperando, de pie.) Lo que ha pasado entre Consuelo y su confesor es obra de Ignacio; tengo evidencia de ello.

MARÍA. No creas tal cosa, Jacobo. ¡De todo ha de tener la culpa Ignacio!

JACOBO. Vamos por partes. ¿Sabía el confesor de Consuelo antes de ahora que iba á casarse? ¿Sabía con quién?

MARÍA. Sí, lo sabía; yo misma se lo he dicho.

JACOBO. Perfectamente. Sin embargo, hasta ayer no manifestó oposición alguna.....

MARÍA. Ninguna.

JACOBO. ¿Pudo saber Ignacio por cualquiera de vosotras que ayer pensabais confesaros, y con quién?

MARÍA. (Titubeando.) No sé..... no; á nadie lo hemos dicho, á excepción del mismo padre, á quien avisé yo muy temprano, cuando fuí á oir misa.

JACOBO. Recuerda bien..... Haz memoria de cuanto hayas hablado con Ignacio.

MARÍA. Sí, recuerdo que me preguntó quién era nuestro confesor. Ayer mañana habló largo rato conmigo antes de salir; se informó de nuestro método de vida, pero con aire indiferente, y me hizo esa pregunta como muchas otras.

JACOBO. ¡Desgraciada! ¡y tú caiste en el lazo, y entregaste á tu hija atada de pies y manos!

MARÍA. Pero, Jacobo, ¿qué mal ves en ello? ¿Por ventura, eso es un secreto?

JACOBO. Pero ¿no ves claro todavía? ¿No adivinas que Ignacio supo por tí astutamente todo lo que necesitaba saber? ¿que en cuanto salió de casa habrá ido á hablar á vuestro confesor; que se habrá expresado con él en iguales términos que lo hizo aquí con nosotros; que le habrá

convencido sin dificultad, y que seguro de tener ese poderoso auxiliar, está ya gozándose en su triunfo?

MARÍA. No sé, Jacobo, no sé. Será como tú dices. Lo único que sé es que si Dios no se compadece de nosotros, la pobre Consuelo va á morir de pena, y que yo no la sobreviviré mucho tiempo! (Enjuga una lágrima.)

JACOBO. Sí, eso es; lágrimas de cocodrilo, después de asesinar á Consuelo.

MARÍA. ¡Asesinarla yo, que daría con gusto mi vida por ella!

JACOBO. Sí, tú. Porque si no te hubieses opuesto á mis deseos y me hubieses dejado obrar, habría arrojado ya de casa á ese infame, que nació para ser el verdugo de la familia; y no viéndole, y no hablándole, no hubieras cometido ninguna imprudencia. Tú, que lo has defendido primero y le has auxiliado después para que sea tan criminal con su sobrina como lo fué con su padre.

MARÍA. ¡Yo!

JACOBO. Sí, tú, tú, que no estás convencida todavía de que tu hermano posee la astucia de la serpiente, y que el áspid es menos venenoso que él.

MARÍA. Pues bien; no: no estoy convencida de eso.

JACOBO. Dí, inocente, ó ¡imbécil! (Le coge el brazo con fuerza.) ¿No has leído cien veces en la Biblia que hojeáis todas las noches, que los falsos profetas se conocerán por sus frutos (1)? ¿De qué te sirve, pues, leer, si tienes ojos y no ves, y oídos y no oyes? ¿No he sido yo padre vuestro desde que quedamos huérfanos? ¿No te presenté yo mismo al que te dió su nombre honrado y su fe leal, y te hizo feliz? ¿No consideré como mía á tu hija, y renuncié por ella á mi libertad con una abnegación que no habría superado su propio padre? Y después de esto, ¿dudas todavía de mis principios y de la verdad de mis palabras?.....

Pues haz tú misma el paralelo: recuerda la última hora de nuestro padre; la soledad en que tu hermano os dejó á tí y á tu madre; mira lo que hoy mismo está pasando en esta casa, y dime si la doctrina que tales obras hace, y las ideas que tales desgracias producen,

(1) Math., 7, 16.

pueden ser las ideas y la doctrina del Evangelio. (Suelta el brazo de María, y la rechaza.)

MARÍA. ¡Jacobo, hermano mío, perdóname! Echa á ese hombre; haz lo que quieras, yo te obedeceré en todo.....

JACOBO. ¡Perdonarte! (Con cariño.) ¡Infeliz! Harto castigada estás! Si fuera posible hacer retroceder al tiempo!.....

MARÍA. ¿Quién sabe? Todo podrá arreglarse todavía.....

JACOBO. (Pensativo.) No, María, no; conozco el carácter exaltado de Consuelo. No podrá dejar de amar á Antonio, por quien tiene casi un sentimiento de adoración; pero morirá mártir de su fe religiosa.

MARÍA. Si Antonio se retractase.....

JACOBO. Eso es imposible. Ni Antonio suscribirá á eso, ni puede hacerlo. Cuando el hombre llega á cierta altura ya no es dueño de sí mismo; se debe á la sociedad. Eso solamente lo haría un infame ó un cobarde, y Antonio ni es cobarde ni infame. (Toca el timbre.)

MARÍA. ¡Dios mío! ¿qué va á ser de mi pobre Consuelo?

JACOBO. No lo sé. Déjame solo. (Sale María por el fondo.)

ESCENA V.

JACOBO Y JUAN.

JUAN. (Entrando inmediatamente después que sale María.) ¿Señor?

JACOBO. Vé á la habitación de mi hermano, y dile que venga.

JUAN. Me parece que está descansando.

JACOBO. (Con imperio.) Aunque esté dormido.

JUAN. Voy, señor. (Sale por la puerta de la izquierda.)

JACOBO. Es un paso perfectamente inútil. Ya es tarde para aplicar remedio. Ni podré saber de él si se ha limitado á eso, porque es impenetrable como el mármol. Aunque lo sometiesen al tormento no hablaría.....

Por lo menos saldrá de Madrid hoy mismo, para no volver á esta casa mientras yo viva. No, el que de tal suerte ha desgarrado los lazos del parentesco, ni tiene derecho á que se le llame hermano, ni podrá quejarse de que se le cierren las puertas para siempre.

Aquí viene...

ESCENA VI.

JACOBO, IGNACIO. DESPUÉS JUAN.

IGNACIO. (Por la puerta de la izquierda.) Me han dicho que querías hablarme.

JACOBO. Sí. (Ignacio avanza hasta el centro de la sala.)

IGNACIO. Ya te escucho. (Cruzándose de brazos.)

JACOBO. Ayer tarde te dije que tu grosería era insoportable. Consideras esta casa—que no es la tuya, porque basta para eso que sea mía—como casa de hospedaje. Has rehusado saludar á Antonio, pretextando un dolor de cabeza para comer en tu habitación. Huyes de la luz, porque desde que has venido no has cesado de trabajar en la sombra; porque te has introducido aquí como un ladrón para robar la paz de esta familia, y lo has conseguido ya.

Pues bien; (Con ironía.) puedes estar satisfecho de tu obra, que es..... como tuya. Ninguna villanía le falta. Ni la premeditación, que tú mismo has confesado el día de tu infausta llegada; ni la astucia, aprovechándote de la ciega confianza de mi hermana para conocer los secretos escondrijos del hogar; ni la alevosía, buscando la impunidad del confesionario, y valiéndote en él de un escrupuloso ó de un imbécil, como se hace uso de un asesino pagado; ni el ensañamiento con una inocente niña, en cuyo corazón has cebado tu ira.....

Ya ves que tu crimen es completo; no creo que nadie arrastre el grillete del presidiario con mayor razón; y si es cierto que Dios hace justicia en la tierra, tu suerte nada tiene de envidiable.

Ahora, terminada satisfactoriamente tu obra, supongo que habrás dispuesto tu marcha, y si no lo has hecho, la dispongo yo. No volverás á sentarte á mi mesa, ni á pisar los umbrales de esta casa. No consentiré jamás que me dés el nombre de hermano, que me deshonra. Tus hermanos han muerto asesinados

por tí, como has asesinado á tus padres y á tu sobrina. Sal de esta casa ahora mismo, y que la maldición de Dios te siga á todas partes como á Caín. (Extendiendo el brazo y señalando la puerta del fondo.)

IGNACIO. No; no me iré todavía. Tendré el valor de sufrir tus injurias, y pediré á Dios que te perdone y que abra tus ojos á la luz.

JACOBO. ¿Que no te irás?.... ¡Ah! ¿pero tú piensas que hubieras permanecido aquí ni un solo día, á no ser por la intercesión de mi hermana, que llora ahora su funesto cariño?

IGNACIO. Dios se vale de sus criaturas para sus altos fines. La libertad del hombre no puede imponerse á la misericordia de Dios.

JACOBO. No profanes ese nombre, ni mezcles la obra de Dios con tus crímenes. Vete, vete..... ó no respondo de mí.

IGNACIO. Usa conmigo de la violencia, si quieres; dispuesto estoy á todo, y..... te perdono..... Tú hablas como el enfermo que se resiste á la cura, porque es dolorosa; yo. ... yo soy el cirujano que, sordo á los ayes, debe ensanchar más la úlcera, ensañarse, si es preciso, hasta extirpar el cáncer de raíz.

JACOBO. Pero ¿qué está diciendo este hombre? (Con furor reconcentrado.) ¿No estás satisfecho todavía? ¿Es que quieres vernos morir á todos, presenciar nuestra agonía y cerciorarte de que has acabado con tu familia?

IGNACIO. Quiero saber que la condenación no caerá sobre esta casa y sobre esta familia, por cuya salvación he rogado sin descanso, y rogaré toda mi vida. Quiero.....

JUAN. (Desde la puerta del fondo.) Mi brigadier..... el correo.

IGNACIO. (Acercándose con presteza.) ¿Hay un pliego para mí?

JUAN. Sí, señor. (Le entrega un pliego grueso, y lleva á Jacobo varias cartas.)

JACOBO. Está bien. Vete. (Sale Juan.)

IGNACIO. Si este pliego contiene lo que espero, os convenceréis todos al fin de que mi palabra es palabra de verdad y de vida, y podré ya abandonar esta casa, llevando la tranquilidad en mi conciencia. (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

JACOBO Y ANTONIO.

(Jacobo queda pensativo un momento, mirando hacia la puerta por donde salió Ignacio.)

JACOBO. ¿Qué significa esto?.... O ese hombre es una hiena, que se goza en desgarrar el corazón de quien no le ha hecho daño alguno..... Pero no; es imposible que mis padres hayan dado el sér á una fiera semejante! Ese hombre está loco..... loco de fanatismo que nos perderá á todos.

ANTONIO. (Entrando por el fondo.) ¡Todo está perdido! (Con desaliento.) No queda otro recurso que la retractación pública, ó pegarme un tiro. O el deshonor, ó la muerte.

JACOBO. Ni lo uno, ni lo otro.

ANTONIO. Vengo de hablar al confesor de Consuelo. Le encontré hojeando mi tratado de Geología, y me confesó que se lo había entregado su hermano de V., marcados varios párrafos y con anotaciones al margen que yo mismo he leído.

Perdidas fueron mis explicaciones. Es un hombre ignorante, que no tiene la menor idea de la formación de los mundos. Citó el texto de Josué; me habló de Santos Padres..... de ¿qué sé yo?

Le escuché con cortesía. Comprendiendo que su entendimiento no era accesible á la voz de la ciencia, le hablé de Consuelo; de su virtud, de su candor, que nadie puede apreciar mejor que él, de los escrúpulos que había sembrado en su conciencia, de la infelicidad que le esperaba. Hice más: prometí tener secretas conferencias con los sacerdotes ó doctores de ciencia reconocida que él mismo designase, á fin de ponernos de acuerdo, de salir de mi error, si era posible. Rogué, supliqué.....

Todo fué inútil. Mi humildad lo encendía cada vez más, y fué inexorable. O la pública retractación de todos mis escritos y una sumisión, sin condiciones, á

la doctrina de la Iglesia, ó renunciar para siempre á Consuelo.....

JACOBO Ya lo suponía yo. Ó ignorante, ó fanático como mi hermano.

ANTONIO. ¿Y qué hacer, siendo árbitro de la conciencia de Consuelo y de nuestra suerte?

JACOBO. Buscar otro que no lo sea, y combatir los escrúpulos que éste ha creado. Tengo un plan. Espérame en tu casa. Voy á ponerlo en práctica, y si Dios quiere ayudarme, os casaréis mañana. Ten confianza en mí, y espera.

ANTONIO. ¡Ojalá pudiera tenerla! (Le da la mano con tristeza.) ¡Adiós!

JACOBO. Hasta luego.

ESCENA VIII.

JACOBO. DESPUÉS JUAN.

JACOBO. No veo otro recurso..... Tal vez mi proceder no sea enteramente recto..... por primera vez en mi vida, pero es el único que puede adoptarse ya en estas circunstancias. Ellas son la causa de que obre así.....

El capellán que fué de mi regimiento vive en Madrid, y es un hombre ilustrado, á quien no asustan los escritores públicos, y que gasta su fortuna en aumentar su biblioteca. Ejerzo todavía grande influencia sobre él. Tranquilizará á Consuelo y ensalzará á Antonio, á quien trata y aprecia. Como todo está preparado, él mismo los casará, para lo cual me encargaré yo de obtener la autorización que sea necesaria..... (Toca la campanilla.)

Perfectamente. Usaremos también de la astucia, señor canónigo, y trabajaremos en la sombra, ya que es forzoso. (Dirigiendo la vista hacia la puerta de la izquierda.)

Ahora falta lo principal, que es preparar á las mujeres.. ..

JUAN. (Desde el fondo.) ¿Señor?

JACOBO. Dí á la señora que deseo hablarle. (Sale Juan.)

Ésta hará lo que yo ordene. Pero ¿y Consuelo?.... ¡Bah! Tengo para ella un auxiliar poderoso, que es su amor.

ESCENA IX.

JACOBO. MARÍA.

JACOBO. (A María que entra por el fondo.) ¿Cómo está Consuelo?

MARÍA. Inconsolable. Siempre llorando. Ni hay reflexiones que basten, ni yo misma sé que decirle.

JACOBO. ¿Has vuelto á hablar con Ignacio?

MARÍA. (Con despego.) No; en cuanto recibió el correo se retiró á su habitación, y ahora acaba de enviar una carta á Antonio.

JACOBO. ¿A Antonio?.... (Con extrañeza.)

MARÍA. Sí: Juan me la enseñó antes de llevarla. Era un pliego grande, como si encerrase un folleto.

JACOBO. (Con sobresalto.) ¡Alguna nueva infamia! Debiste abrirlo ó avisarme. Con ese hombre no se pueden guardar ya consideraciones. Se ha propuesto acabar con su familia.

MARÍA. Fuese lo que quiera, Antonio es un hombre, y sabrá defenderse.

JACOBO. Tal vez no..... Ya no tiene remedio..... Hablemos de otra cosa..... La situación de Consuelo no puede continuar así; es necesario devolver á su espíritu la tranquilidad que ese infame le ha robado ayer, valiéndose del confesionario.....

MARÍA. Jacobo: por Dios..... no hables así.....

JACOBO. No me interrumpas; no te consulto ahora..... ¡Harto te he escuchado!.... Decía que es preciso volver la tranquilidad á su conciencia, y para eso es necesario que torne á los pies de un confesor. Solamente, que esta vez seré yo quien elija ese confesor. ¿Me has comprendido?

MARÍA. Sí, Jacobo.

JACOBO. Pues para eso te he llamado. Para que la prepares.

MARÍA. Lo creo muy difícil. Yo misma no sé.... si como madre debo hacer eso..... ¿Lo has pensado bien, Jacobo?..... Tú, que has sido siempre esclavo de tu deber y de una rigidez inflexible de principios?

JACOBO. Sí, lo he pensado.

MARÍA. Considera que no ha tenido otro confesor; que Consuelo lo quiere y lo venera, como padre espiritual que es, y que aunque se avenga á consultar á otro, cualquiera que sea, no ejercerá la influencia ni tendrá el ascendiente que éste tenía sobre su corazón. Créeme, Jacobo; es un paso inutil..... y no quiero ya discutir si es recto.

JACOBO. Veo que á pesar de lo dura que ha sido la lección, no estás curada todavía. ¿Cuándo dejará el fanatismo religioso de ser el azote de esta familia?..... Vé y dí á Consuelo que necesito hablarle.

MARÍA. Mejor es. Yo rogaré á Dios que os ilumine á tí y á ella. (Sale.)

ESCENA X.

JACOBO. CONSUELO.

JACOBO. Me late el corazón como si fuera á entrar en combate. No estoy tan tranquilo como fuera menester.....

Abordaré la cuestión de frente. Con ella ni sabría disimular, ni he usado jamás otro lenguaje que el del corazón. Además, ¿no estoy seguro del éxito?

CONSUELO. (Entrando.) Aquí estoy, tío

JACOBO. Siéntate aquí, á mi lado; (Señalando el sofá.) tengo que hablarte largamente. (Se sienta él en una silla juntó á ella y le coge la mano.)

CONSUELO. Tú..... siempre bueno y cariñoso conmigo.....

JACOBO. Pues..... porque soy bueno y cariñoso contigo, necesito que me escuches ahora con la misma atención que prestarías á tu padre, si viviera. No soy yo, es él el que te va á hablar.

CONSUELO. Ya te escucho.

JACOBO. Hija mía, estás siendo víctima de un plan combinado y perverso. Abusando de tu inocencia y de tu candidez, con un objeto que no conozco..... que no quiero adivinar, han llenado tu alma de terror, y han intentado destruir tu felicidad y acaso acabar con tu vida y con la nuestra; porque si tú murieses, ni tu pobre madre ni yo tendríamos ya nada que hacer en este mundo.

Ya sabes que yo jamás me he entrometido en tus creencias. Si alguna vez me has oído hablar, no de la religión, sino de sus ministros, en cierto sentido, cree que ha sido por serias razones que conoce tu madre, y sin que eso aminore el respeto profundo que merece el buen sacerdote.

Pero, por desgracia, ni todos son buenos sacerdotes, ni todos tienen ciencia y valor suficientes para contrarrestar el fanatismo, que quiere ahogar la voz de la verdad y hacer retroceder la sociedad á un tiempo que ya no puede volver.

Un fanático loco, como tu tío, que en mal hora pisó esta casa, ó un imbécil que le ha servido de dócil y ciego instrumento, como tu confesor, pueden ocasionar, como has visto, la infelicidad, la desgracia de una familia. Y entonces sería un crimen en mí, que soy su jefe y responsable de ella ante Dios, permanecer cruzado de brazos y permitir que la perfidia y la alevosía se enseñoreen del hogar que la alegría y la paz presidian antes, como testimonio de la protección del cielo. ¿Me comprendes bien?

CONSUELO. Sí, tío.

JACOBO. Pues bien; nunca oirás de mi boca que deseches una sola de tus creencias religiosas, ni que dejes entibiar la fe que tu madre ha procurado arraigar en tu espíritu desde niña. Pero sí tengo el deber de conciencia de procurar que el que haya de ser el intermediario entre las expansiones de tu corazón y la gracia de Dios sea un hombre de intención recta, y que no sacrifique tu tranquilidad en aras de intereses reprobados y de propósitos tenebrosos.

Hoy mismo pienso ocuparme de eso, ó mejor dicho, he pensado ya en ello. Tu estado angustioso no puede prolongarse, ni quiero yo que pases otra noche

de desconsuelo y de incertidumbres mortales. Esta misma tarde consultarás todos tus escrúpulos, todas tus congojas espirituales con un anciano sacerdote, á cuyos pies te conduciré yo mismo. Ahora retírate á tus habitaciones y procura ordenar tus ideas, sin perturbarlas con pensamiento alguno mundano; prepara tu espíritu para esa consulta decisiva, y ten confianza en Dios, que consuela siempre á todos los buenos en sus aflicciones.

(Levantándose y besando á Consuelo en la frente.) Adiós, hija mia; volveré esta tarde para acompañarte. (Sale por el fondo.)

CONSUELO. ¿Será posible, Dios mío? ¿Tendrán todavía remedio mis penas? (Sale lentamente.)

ESCENA XI.

IGNACIO. DESPUÉS JUAN.

IGNACIO. (Entrando lentamente por la puerta de la izquierda con un folleto en la mano.) ¡Tiemblo al pensar en este paso!..... ¡Oh corazón! (Llevándose la mano crispada al pecho.) todavía no estás purificado de los afectos de la carne!..... ¿De qué me ha servido una vida de austeridad y de penitencia, de qué me sirve haber orado tanto, si en el momento de cumplir un deber sagrado me estremezco como débil mujer, y titubeo y dudo?

No valgo yo, Señor, para ser el instrumento de tu providencia, porque soy de flaca condición y gusano miserable, apegado á la tierra é indigno de tu gracia.....

Sin embargo, tampoco puedo rehuir este cáliz, ni abandonar cobardemente á criaturas de Dios en el camino de su perdición. Estaría obligado á hacerlo con cualquiera prójimo, y ¿no he de estarlo doblemente en favor de mi propia familia?

Desfallezco al considerar el efecto que esta lectura va á producir en el corazón de mi sobrina!..... Me han dicho que no ha cesado de llorar desde anoche..... ¿Será

tal su pasión por ese hombre que una separación eterna pudiera costarle la vida?.....

No; yo no quiero que muera..... Harto desgraciados he hecho á mis padres, sin desearlo!..... No puedo exigir á una niña el valor que me falta á mí mismo..... Que no lo oiga ella; María la preparará con las precauciones que le sugiera su cariño maternal, y la consolará. Basta que lo sepan mis hermanos.....

¡Mi hermano!..... ¡Lamentable ceguera! ¡Me arroja de su casa cuando debía ayudarme á salvar á nuestra sobrina!..... Más vale así..... Dios habrá querido conservar esa ceguera, que es su única disculpa. Si así no fuese, ¡qué tremenda responsabilidad sería la suya!.....

Concluyamos de una vez. (Mira en torno suyo buscando el timbre, y lo hace sonar.) ¡Valor! (Queda en silencio, mirando á la puerta del fondo.)

JUAN. (Desde el umbral.) ¿Llamó usted?

IGNACIO. Sí, dí á los señores que quiero despedirme de ellos. (Sale Juan.)

¡Triste despedida!..... ¡Tal vez sea la última!

ESCENA XII.

IGNACIO, MARÍA, JUAN.

MARÍA. (Por la puerta del fondo.) Juan me ha dicho que quieres despedirte de nosotros.....

IGNACIO. Sí, María.

MARÍA. Bien otros nos dejas que nos has hallado. Cuando llegaste reinaba la alegría en esta casa, y ahora..... (sollozando) ahora..... Dios te perdone todo el mal que nos has hecho.

IGNACIO. Por dolorosa que sea la prueba, María, nunca lo será bastante para redimir vuestra culpa si no os ayuda la gracia de Dios.

MARÍA. Bien necesitamos de ella mi pobre hija y yo para no morir de pena.

IGNACIO. Dios os dará el consuelo á la medida que os dió el castigo, si reconocéis vuestra falta y os humilláis ante él.

MARÍA. ¡Consuelo!..... Bueno me espera si se muere mi hija. (Llorando.)

IGNACIO. No morirá, porque ella es la menos culpable de todos. Dios es justo. Confía en él, y enjuga tu llanto, porque necesitas oir con calma lo que tengo que decirte todavía.

MARÍA. No; (Con sobresalto) no quiero escucharte más. Vete, y que Dios te acompañe. (Hace un movimiento para salir.)

IGNACIO. Lo que tengo que decir (Reteniéndola.) es muy grave, y lo oiréis tú y tu hermano.

MARÍA. Jacobo no quiere verte. Me lo acaba de decir.....

IGNACIO. Es forzoso que me oiga. (Toca el timbre.) Debe saberlo todo, para que no acaricie acaso proyectos insensatos, de todo punto irrealizables.

JUAN. (Desde la puerta del fondo.) ¿Señora?

IGNACIO. Dí, de mi parte, á mi hermano que tengo que leerle un documento que importa mucho á nuestra sobrina.

(Sale Juan. María se sienta llorando. Ignacio permanece de pie, y hojea el folleto, buscando en él un pasaje.)

ESCENA XIII.

DICHOS, JACOBO, JUAN, CONSUELO.

JACOBO. (A Ignacio, al entrar.) ¿Qué nueva villanía has meditado ó llevado á cabo?

IGNACIO. Dejo la calificación de mi conducta á tu propio juicio después que hayas oido lo que voy á leer. (Abre el folleto por el pasaje que ha señalado.)

Acabo de recibir varios ejemplares de la última pastoral de mi prelado, y dejo dos sobre la mesa de mi habitación para que meditéis con despacio acerca de su doctrina. Ahora solamente os leeré un párrafo que os atañe particularmente.

(Lee.) «..... Para conseguir este fin, objeto de Nuestros constantes desvelos, encarecemos á nuestros muy

amados hijos que eviten con el mayor cuidado la lectura de malos libros. El veneno de la impiedad se ha inoculado por este medio en las familias, llevando la intranquilidad en esta vida y la perdición en la eterna á muchas almas piadosas y cristianas. No desconocemos (y eso Nos obliga á ejercer mayor vigilancia) que muchas veces la falta de discernimiento, ó una ignorancia inculpable, han sido causa de tan irreparable desgracia; por eso es deber Nuestro advertiros con diligencia y señalar sin pérdida de momento cuáles son los libros comprendidos en la reprobación de la Iglesia.—Consecuentes con esta obligación, y en uso de Nuestra potestad ordinaria, condenamos y reprobamos las doctrinas contenidas en las obras intituladas *Reflexiones geológicas* y *Psicología*, dadas á la estampa por Don Antonio Nerva y Váring, y rogamos á Dios que se apiade de su *vitando* autor, y le ilumine y torne á la fe y obediencia de la Santa Madre Iglesia. Y condenamos asimismo á todo el que, á sabiendas, lea ó retenga en su poder las dichas obras, ó sea causa de que otro las lea ó retenga, é incurra en esta Nuestra censura, como reo de escándalo; privándole de administrar y recibir sacramentos y de los demás bienes espirituales que la Iglesia dispensa á sus hijos.. ..» (Cierra el folleto.)

Esto es lo que tenía que manifestaros, cumpliendo un deber que es más penoso para mí de lo que vosotros creéis. Solamente tengo que añadir que, desde este momento, con arreglo á los sagrados cánones, ni podéis ya saludar ó hablar á ese desgraciado sin incurrir en censura, ni mucho menos sentarlo á vuestra mesa ó habitar en su compañía.

He procurado evitaros el disgusto de tener que cerrarle vuestra puerta, y le he escrito remitiéndole un ejemplar de la pastoral y enumerando los efectos que consigo lleva aparejados esta censura. Espero que si queda en él algún resto de dignidad no volveréis á verlo más, porque dudo de que Dios le conceda la gracia de arrepentirse. (Un momento de silencio.)

JACOBO. (Como volviendo de un letargo y con aire sombrío.) Antes has dicho que calificase yo mismo tu conducta después de

haberte escuchado..... Pues bien; la he calificado, la he juzgado..... y la he condenado. (Se dirige precipitadamente hacia la biblioteca, abre un cajón y saca un revólver.)

(A Ignacio, que retrocede un paso hacia la derecha.) ¡Eres un miserable! y ésta ha sido la última infamia de tu vida, porque ya que nos has asesinado á todos, justo es que mueras tú también. (Al decir estas palabras alza el brazo y apunta con el revólver á Ignacio. María da un grito, se levanta precipitadamente y cubre á Ignacio con su cuerpo, dando la espalda á éste. Todo esto es obra de un instante.)

MARÍA. ¡Jacobo! ¡Jacobo! ¡vuelve en tí; es tu hermano!

(Jacobo deja caer el brazo y arroja el revólver sobre la meseta de la biblioteca. Da dos pasos hacia el velador, como aturdido, y se sienta sin decir palabra. Apoya en el velador los codos y oculta la cara entre las manos.)

JUAN. (Entrando precipitadamente por el fondo, con una carta en la mano.) ¡Señor! ¡Señor! (Al notar la posición de los personajes, se detiene.)

MARÍA. (Sorprendida en actitud todavía de defender á Ignacio, da un paso, cambiando de posición.) ¿Quién te ha llamado? (Con tono de severidad.)

JUAN. (Con aire de dolor, y como justificando su torpeza.) ¡Una gran desgracia, señora.. .. una gran desgracia!

MARÍA. (Asustada.) ¿Qué dices?

JUAN. Sí, señora..... ¡Una gran desgracia!..... El señorito Antonio.....

MARÍA. (Con impaciencia.) Acaba.

JUAN. ¡Ha muerto ahora mismo!

MARÍA. ¡Jesus! (Se lleva ambas manos á la frente; da dos pasos vacilante y se deja caer en el confidente. Ignacio retrocede hacia el balcón espantado y mirando á Juan.)

JACOBO. (A Juan, á la vez que María pronuncia la exclamación, y levantándose como impulsado por un resorte.) ¿Qué has dicho?

JUAN. Señor.. .. mi brigadier..... lo que me acaba de decir el portero que ha traído esta carta. (Se la entrega y se retira por la puerta del fondo.)

(Jacobo da dos pasos hasta el centro del proscenio; rompe el sobre con mano trémula y lee en voz alta, deteniéndose en los párrafos indicados con puntos suspensivos, y pasando á veces la mano por la frente, como para calmar su agitación. El actor puede modificar esto como le sugiera su talento.)

JACOBO. (Lee.) «Mi bueno, mi mejor amigo: Permítame usted

que le dé todavía este nombre por última vez.....

»Acabo de leer la condenación de mis obras. ¡Triste fruto de mis vigilias, expresión de la fe y del trabajo de toda mi vida!.....

»Sé que todo ha concluído para mí; su hermano de usted se ha encargado de demostrármelo con minuciosa crueldad..... (Dirige una mirada rencorosa hacia donde está su hermano, pero sin mirarle.) con minuciosa crueldad en un escrito que he quemado para que no aparezca entre mis papeles.

(María se levanta poco á poco, y se acerca despacio y llorando á Jacobo. La colocación de personajes es, pues, la siguiente: Jacobo y María de pie, en primer término; en segundo, á la derecha (entre el confidente y la mesa) Ignacio, también de pie, con el brazo izquierdo cruzado sobre pecho, la cabeza inclinada y tapándose los ojos con la mano derecha.)

»Cuando lea usted esta carta ya habrán cesado mis sufrimientos.....

»Tal vez me acusará usted de cobardía. Así califica el mundo al suicida. Sin embargo, usted que cuenta con más tiempo que yo para pensar en mi situación actual, se convencerá de que no hay otra solución.

»Consuelo era mi vida, y me la han robado. (Aparece Consuelo por el fondo sin que ninguno de los personajes note su presencia.) Mis escritos, buenos ó malos, son hijos de mi inteligencia, dón de Dios, y renegar de ellos sería renegar de él. Además, mis ideas no son ya mías: pertenecen al acervo común, y una retractación sería, á la vez, una mentira y un robo inicuo. (Consuelo adelanta dos ó tres pasos hacia el grupo.) La fatalidad ha hecho que esas ideas se conviertan en una barrera, en mal hora levantada entre Consuelo y yo, y ni la Iglesia me permite salvarla, ni mi conciencia destruirla; respetemos á la Iglesia y á la conciencia, y sea mi vida inutil la sola víctima en este holocausto forzoso.

»Usted sabrá comprender mi sacrificio. Sea, pues, para usted un martir; para los demás, un infeliz suicida.....»

(Consuelo, al oir esta última palabra, da un grito, que revela su presencia, y vacila; Jacobo y María se vuelven al mismo tiempo y la cogen desmayada en sus brazos, llevándola hasta el confidente. Ignacio se

adelanta también, pero Jacobo lo detiene con un gesto imperioso. María cubre de besos y lágrimas el rostro de su hija.)

(A Ignacio, señalando el grupo de Maria y Consuelo.) Hé ahí tu obra, verdugo! Tú que te has creído inspirado por Dios para perpetrar este crimen, pregunta á tu conciencia si eso es *santa religión ó sanguinario fanatismo.* (Señalando la puerta.) Sal de aquí.

(Ignacio humilla la cabeza, cubriéndose el rostro con las manos; Jacobo, con el brazo extendido hacia la puerta; María, abrazada á Consuelo desmayada.)

FIN DEL DRAMA.